



CRONICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcón, Aroca, Sra. Astillaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Saotos), Arnao, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Alvarado, Arriarán, Ariza, Antonio Guerra y Alarcón, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (Marqués de) Bacarra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Burrell, Buitrago, Calvo Assensio (D. Pedro), Campoamor, Camús, Canals, Castejar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorra, Cervino, Chaste (conde de), Collado, Cortina Corrali, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cuelo, Sra. Coronado, Sres. Calvo Assensio (D. Gonzalo), Comenge, Cañamaque, Calcañ, Ducarrete, Diaz (José María) Diaz Perez, Durán, Duque de Rivas, Echevarría, (J. A.) Espin y Guillen, Estrada, Echevaray, Ezquerra, Estrella, Estala, Fábila, Ferrer del Rio, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Formin Toro Flores, Figuerola-Figueroa (Augusto Suarez de), García Gutiérrez, Gustavo Baz, Gayzures, Galisteo de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güal y Rente, Guallbenzu, Guerrero, Incenga, Harzenbusch, Iriarte, Jauer, Jaimesadrea, Labra, Larra, Larrañaga, Leizaola, Lezuola, Lucas Mallada, Lopez Guizarte, Loroazana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Michalo y Alvarez, Mártes, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Melina (D. Tristan), Merelo, Montesinos, Molinas (Marqués de), Muñoz del Monte, Mularzarriga, Ochoa, Olavarría, Olavarría y Huarte, Oryz, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Pompilio Gener, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín) Perez Galloa, Perez Liria, Pi Margill, Pive Reinos, Restos, Revilla, Rios Rosas, Rivera, Rivesco, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarniuga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvalor, Salasron, Sarromá, Selgas, Serrano Alcázar, Sellés, Tanayo, Trueta, Tubino, Talero, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Viart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de), Camborain y España (D. Eugenio), Acosta (D. Juan).

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 13 de Marzo de 1885

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administracion y redaccion, Salesas, 2, duplicado.

SUMARIO

Revista política, por Carlos Malagarriga.—Leyendas mazarabes, clero y caudillaje, por Tomás Rodríguez Pini-la.—Julio y Rómulo, por Antonio Guerra y Alarcón.—La Unión Hispano-Americana (continuación), por Ramón de Sanjuán.—Las Quintas (poesía), por Elvira Solís Greppi.—La Cuarta de Cájamo (continuación), por Francisco Martín Arrue.—La Poesía Byroniana, por E. Gómez Cestino.—A D. Nicolás Fernández de la Oliva (poesía), por Elvira Solís.—La Noche triste, por Clemente Blanco Villegas.—El Movimiento religioso en Europa y América, por Nicolás Díaz y Pérez.—El Genio y Victor Hugo, por Ramón de Sanjuán y Casanova.—El gran problema, ensayo filosófico-religioso (continuación), por Manuel Montero y Rapallo.—Introducciones para la recolección y catálogo de los cuentos populares, como base indispensable para la clasificación de estas producciones, por Antonio Machado y Alvarez.—Revista de Madrid, por Eugenio de Olavarría y Huar-te.—Anuncios.

REVISTA POLÍTICA

Mientras en el Congreso siguen con frialdad y lentitud los debates sobre el proyecto de ley de Administración local, y en el Senado, después de aprobada la ley de empleos civiles á los sargentos, se ha entrado en la discusión de las bases para el nuevo Código civil; dos graves dificultades han surgido en el camino del Gobierno, dificultades que no han causado alteración alguna en su modo de ser, no sé por qué extraños misterios que consolidan la situación cuanto más se la conmueve.

Fué la primera la tempestad episcopal provocada por la pastoral del obispo de Plasencia, y el proyecto de interpelación del de Puerto Rico, los dos obispos no han vacilado un punto en tachar de anticatólica la conducta Gobierno, precisamente de un Gobierno en que figura el Sr. Pidal.

Desvarecerse la tempestad por peticiones hechas á Roma por el Gobierno que así ha prescindido de la tradicional independencia del Episcopado español; pero las quejas subsisten y otros obispos habrán de continuar la tarea en el punto que la dejaron los de Plasencia y de Puerto Rico.

No menos grave ha sido el conflicto promovido por la comisión catalana que ha venido á Madrid á presentar al rey, enumerando las quejas que tiene Cataluña de los gobiernos centralizadores al uso. El rey contestó á la comisión de un modo favorable al sentido de sus peticiones, declarándose proteccionista y partidario de las legislaciones forales.

Estas declaraciones quiso comentarlas algún periódico que fué denunciado, y en el Congreso hubo de renunciar á discutirla el señor Canalejas por las peticiones de los jefes de los partidos que entienden, unos, que no se debe, y otros que es inconveniente discutir la palabra actos del rey.

Esta cuestión, que también se ha dado por resuelta, puede sin embargo resaltar á la primer ocasión, pues las quejas de los catalanes se reproducirán sin duda alguna.

\*\*\*

Del extranjero lo más notable es la toma de posesión del nuevo presidente de los Estados Unidos, nombrando el siguiente Ministerio:

- Bayard, Negocios Extranjeros.
- Nanning, Hacienda.
- Lamor, Interior.
- Endicocs, Guerra.
- Whintney, Marina.
- Villas, Correos.

Dicho Gabinete sostendrá el programa electoral dado por Cleveland. Se proponen suspender la acuñación de la plata.

De Centro América se han recibido noticias no muy claras: el general Barrios, presidente de Guatemala, ha proclamado la anexión de las cuatro Repúblicas de San Salvador, Nicaragua, Colombia y Costa Rico, á la cual se ha rendido desde luego Méjico, siendo de temer que una nueva guerra ensangrienta aquellas comarcas, que antes de ser campos de cultivo, lo han sido de batalla.

Durante la última quincena ha habido serios temores de una conflagración general; los ingleses consideran como llave de su empresa colonial á la ciudad de Herat; de modo que en cuanto las avanzadas rusas han hecho un movimiento de avance que podía considerarse como tendiendo á apoderarse de la ciudad Afgham, se ha conmovido la opinión británica.

El siguiente artículo del *Journal des Débats*, escrito en el calor de los primeros momentos, dará idea de la alarma habida.

El *Journal des Débats* dedica á la cuestión entre Inglaterra y Rusia las consideraciones que siguen:

«La Bolsa ha bajado en Londres y en Berlín á causa de los rumores que circulan relativos á la posibilidad de una guerra entre Inglaterra y Rusia. Hasta el último momento nos negaremos á creer que pueda hecho tan grave producirse por causas tan baladíes como de las que se habla. Con seguridad, los ingleses no desean la guerra, y si la hacen será por no haber podido evitarla. Los contratiempos que han experimentado últimamente, y la disminución de su prestigio, causa inevitable de aquellos, obligándoles á no tolerar de parte de Rusia actos que podrían parecer una amenaza ó un reto. Pero no disimulan el peligro que la guerra podría hacer correr á dicha potencia

marítima y comercial, y no dejan de tener gran prudencia y moderación. ¿Pasa lo mismo con los rusos? Debiera ser así, porque los riesgos de la guerra no están en relación directa con provechos.

»No quiere decir esto que el éxito de los rusos sea inverosímil. Los rusos pueden ser vencedores en los primeros combates, y creemos en la posibilidad de la más feliz y constante fortuna; no es menos cierto que la lucha sería larga, incesantemente renovada, cansada para los dos adversarios, y que absorbería por largo tiempo sus fuerzas y sus recursos. ¿Qué ilusiones pueden hacerse sobre las empresas de ese género? ¿No es de gran enseñanza el ejemplo de lo que ha pasado á los ingleses en el Sudán? Añadid lo que ha pasado á Francia en el Tonkín.

»Existe un consuelo y una excusa para la guerra del Tonkín y la del Sudán, y es que pone frente á frente á una civilización superior y otra inferior ó nula, y los combates que se den, han de tener grandeza y quizá utilidad. ¿Pero qué cosa más triste puede darse que ver á dos naciones europeas, Inglaterra y Rusia, una frente á otra, en ese lejano teatro del Asia Central? ¿Qué provecho reporta de ello la civilización? ¿Qué provecho reportan los combatientes?»

Los telegramas últimamente recibidos anuncian la satisfactoria noticia de que el conflicto se ha resuelto, por lo menos para algunos meses, conviniéndose en un *statu quo* militar.

De los demás asuntos que agitan la opinión, la guerra franco-china sigue su lento curso con incierto resultado.

En cuanto á la cuestión sudanesa en el Parlamento inglés, el marqués de Hartington, ministro de la Guerra, en una de las últimas sesiones renovó su petición de 3.000 hombres para aumentar los contingentes. Al mismo tiempo explicó los otros créditos suplementarios de Guerra. Recordó que se habían votado 1.300.000 libras esterlinas para la expedición del Nilo, y cree que esta suma bastará para el pago de los gastos ocasionados por esa expedición hasta el fin del año económico actual.

«Será deber del Gobierno, prosiguió el orador, someter á la Cámara, todo lo antes posible, los créditos necesarios para la continuación, y probablemente para la extensión de las operaciones del general Wolsley.

El Gobierno jamás ha ocultado que, según su opinión, la marcha sobre Jartum y la ruina del Mahdí son el fin que hay que esperar. Pero las peticiones actuales no se hacen con este objeto, y por lo tanto, no comprometen de esta suerte á la Cámara.

La expedición Graham, compuesta de 12.000 hombres, comprendiendo los soldados que están en Suakin, tiene por objeto dispersar las tribus que están en las inmediaciones de aquel punto.

La expedición ocupará entonces las principales posiciones que están en la actualidad ocupadas por Osman-Digma, é impedirá á éste concentrar nuevas fuerzas, como ocurrió después de la derrota del año pasado. La expedición abrirá el camino de Berber hasta cierta distancia, y en la eventualidad de un avance sobre Berber y sobre Jartum, cooperará con las fuerzas destinadas á esa operación.»

El marqués de Hartington afirmó la utilidad de la construcción del ferrocarril de Berber; pero añadió que los gastos á él destinados no serán pedidos hasta el próximo año económico. Para dicho año hace ascender á 15.000 el número de hombres en que será aumentado el ejército, creyendo que el número será suficiente para las operaciones en cuestión.

A última hora la noticia de la toma por el Mahdí de Karsala y de la prisión de Jebel-Bajá viene á empeorar la situación del Gabinete Gladstone, que, con su política vacilante, en tan grave peligro ha puesto al Imperio británico.

CÁRLOS MALAGARRIGA.

## LEYENDAS MUZARABES CLERO Y CAUDILLAJE VI

El influjo que ejercieron judíos y moriscos durante el período de la Reconquista en muchos de nuestros Monarcas no está bastante explicado en las historias, y apenas si indicado en las crónicas del tiempo.

No, no basta á explicar ese hecho, del cual pudiéramos citar muchos casos, ni la necesidad de recursos metálicos por parte de los reyes, ni la conveniencia de fuerzas auxiliares, sacadas del seno de los mismos enemigos, ni si quiera el maquiavélico plan de sembrar entre ellos la semilla de la ambición y de los celos para atizar el fuego de la discordia; no basta eso.

Por una parte, hay que tener en cuenta que el numerario no estaba solamente en manos de los judíos, y por otra parte, que la prevención contra ellos era general, y que sus condiciones de raza y de carácter los hicieron siempre antipáticos á todos los pueblos en todas las edades.

En cuanto á los moriscos, las fuerzas que los proscriprios, los infidentes y los apóstatas pudieron llevar á los reyes cristianos fueron siempre insignificantes.

El atizar en el campo enemigo la tea de la discordia, no se erigió en sistema hasta el fin de la secular campaña, hasta la época de Fernando el Católico.

Habí, por consiguiente, otra causa más poderosa que todas esas, otro motivo más persuasivo, más constante y más eficazmente halagador, para que los reyes cristianos abriesen plácidamente sus brazos á judíos y moriscos que á ellos iban, con poco valer que fuese, siempre que, en poco ó en mucho, les pudieran servir de muralla ó de broquel. Esa causa era el asedio perpetuo en que el clero tenía á los Monarcas, y las asechanzas continuas que les tendía el caudillaje, eso que después se ha llamado Nobleza de sangre y Grandeza de España.

No es necesario leer la España Sagrada de los Padres Flores y Risco; basta con leer la profana, someramente que sea, para saber que la guerra contra los moros fué un manantial perenne de riqueza para el clero y para los nobles. Al «venimiento al trono, á cada suceso tal cual importante—un matrimonio, el nacimiento de un Príncipe, la coronación del Monarca, su enfermedad, su salud ó su muerte,—clero y nobleza convertían el suceso en merecimiento bastante para que sobre todos y cada uno cayese una lluvia de oro; para que Amaltea derramase su cuerno por la mano de los Monarcas sobre las dos clases que les tenían en forzosa tutela.

Pero la guerra contra los moros, la cruzada contra los infieles, los triunfos de las armas cristianas, la reconquista del territorio, eran los grandes sucesos y la ocasión propicia para que, de la corona de los reyes, se descolgasen Condados y Marquesados; para que de sus manos cayesen donaciones y mercedes; para que el territorio español, hecho girones, se repartiese entre las iglesias, monasterios, castillos y fortalezas; en una palabra, para que sobre el sacerdocio y la milicia lloviese el maná.

Y si aquel asedio de los unos era constante, y si las asechanzas y la obsesión de los otros eran de todos los días, el siguiente al de una batalla ganada por las fuerzas cristianas... ¡Gran Dios!... era día infernal; día de supercherías y de maquinaciones de todos géneros y calibres; día de merecimientos, nunca bien recompensados, y de bendiciones y milagros, nunca bastante agradecidos y monumentados por la piedad de los reyes.

Desde las vísperas tenían los clérigos muy buen cuidado de ponderar la importancia y la eficacia de las apariciones de santos, de los éxtasis en las cuevas ó en las ermitas y de las revelaciones hechas, unas veces por pastores ó ermitaños, otras por la Virgen misma; pero lo más generalmente por el héroe Pelayo, y por Santiago y San Millán.

Y la tendrían, no cabe duda; tendrían importancia y eficacia todas aquellas supercherías. ¡Cuándo no ha sido importante y eficaz para el éxito de toda empresa creer en el auxilio del cielo! Verdaderamente la fe hace siempre milagros, y los milagros aumentan la fe, sobre todo en gentes sencillas y en épocas de ignorancia ó de vértigo.

—¡Alto, alto, Doctor!—exclamó á este momento el buen Sr. Cura de La Valmuza, que venía ya dando muestra de su disgusto;—ved que lo que estáis diciendo es ofensivo para el sacerdocio heróico y santo de aquellas épocas...

—En lo de heróico—contestó el Doctor—no me mezclaré, Sr. Cura; en cuanto á lo de santo... lo hemos de dejar. Mas sea lo que fuere, el Sr. Cura debe saber que yo no quito ni pongo; hago historia y no digo más que lo que dicen á una voz cronistas é historiadores.

—Si—repuso el buen Cura;—pero advierto que dais á vuestra narración un tinte poco católico...

—Yo no sé, Sr. Cura—le interrumpió el Doctor—si el tinte de la narración será ó no será católico al uso de

hoy; pero aseguro que el fondo es muy cristiano. Y lo aseguro con sabios teólogos, con frailes mismos, con prelados y pontífices que han condenado el abuso de milagrear, y que hasta se han reído, como Fr. Antonio de Aranda, ante el espectáculo lamentable de alguno de esos milagros periódicamente repetidos y que tanto daño han hecho á la religión del Crucificado.

En cuanto á la santidad del clero de aquellos tiempos, ya recordaréis lo que decían el Arcipreste de Hita y Pedro López de Ayala:

«Si estos son Ministros, sonlo de Satanás;  
Cá, nunca buenas obras tú facerlos verás.»

Y si hojear quisiéramos á nuestros escritores clásicos, poetas y prosistas católicos hasta la médula de sus huesos, nos encontraríamos á cada página con retratos parecidos, censuras amargas y cáusticas de la insaciable codicia y de las corrompidas costumbres del clero de aquellos tiempos.

—Pero dejemos al clero y vengamos—prosiguió el Doctor—á los Sres. Condes, caballeros, caudillos y Capitanes de huestes grandes ó pequeñas; y ya no hay necesidad de registrar cartularios ni archivos, crónicas ni historias; basta y sobra con tener ojos y ver que, hoy por hoy, son dueños ó semidueños de la mayor y mejor parte del territorio español. Y público y notorio es que, cuando se acabó éste, se repartieron las Américas. Y cuando no bastaron éstas, se repartieron las encomiendas y los tributos, y los oficios públicos, y los pingües cargos, y el patronato, y las reservas de la corona, diezmos, cientos, alcabalas, correos, portazgos, salinas y además pensiones remuneratorias de servicios, harto bien pagados, que han obtenido el nombre de cargas de justicia, y hoy mismo pesan con inmensa pesadumbre sobre las rentas del Estado.

Ramiro II, que se dolía de todo esto y que sólo por la apremiante necesidad de los tiempos lo sufría, acogió en León á Omia ben-Azán con los brazos abiertos; porque en él encontró un cumplido caballero, bravo, inteligente, desinteresado y leal, que le ofrecía, sin más exigencia que la de la hospitalidad, su talento y su brazo; porque en él encontró un consejero ilustrado para el Gobierno y un bravo Capitán para la guerra. Además, en la pequeña hueste de amigos, deudos y descontentos que seguían la suerte de Aben-Azán, encontraba Ramiro II una especie de guardia real, guardia fidelísima, que le costaba poco y le evitaba el estar á merced de los Condes de Castilla, de los Barones Galáicos y Astures y de los caballeros leoneses.

Ramiro II se había también propuesto reformar el clero: «atención, ha dicho un cronista, que debe ser la primera en los Príncipes, porque si están los remedios enfermos, ¿con qué se han de sanar las enfermedades?» Y á ese efecto, convocó un Concilio en Astorga, al cual asistió Ramiro, á imitación de los Reyes Godos; Concilio cuyos cánones se han perdido; pero se sabe por mayor que miraban á la reformación de los eclesiásticos.

## VII

Cuando Aben-Azán llegó con su gente al castillo, todo lo que en él era susceptible de incendiarse se había incendiado. Soldados y Capitanes se lamentaban del cuantioso botín que las llamas les habían arrebatado de las manos.

Corría de unos á otros la noticia de la evasión de los seis jinetes por la poterna del Norte; y como dentro del castillo no se había encontrado alma viviente, uno de los soldados acertó á decir—y todos convinieron en ello—que entre los seis jinetes iba, sin duda alguna, la maga del castillo, la que al anoecer había izado bandera negra en la Atalaya, y que ella era sin disputa la que había puesto fuego á la fortaleza cuando vió rendidos á sus defensores, bien fuese para facilitarse la evasión, bien para privar á los cristianos de las riquezas que allí atesoraba, ó para entrambos objetos. Y se culpaban unos á otros de que nadie había pensado en seguir la pista á los seis jinetes, cuya dirección era asunto de empeñado debate. Unos sostenían que marchaban hacia el Tormes para unirse á los fugitivos restos del ejército sarraceno. Otros tenían por más cierto que iban á buscar el amparo de una fortaleza morisca, próxima ó distante, pero que les dejase abierto el camino del Mediodía, y se fijaban en la de Monleón ó en la de Tejada. Pero muchos Capitanes, á cuyos oídos llegaba el rumor de esos debates, se callaban el nombre de Salamanca, en donde tenían puesto su pensamiento, á donde se dirigían sus deseos y á donde suponían más atinadamente que habrían ido en busca de asilo las fugitivas reliquias del castillo.

Dió Aben-Azán órdenes á sus cabos, y fué al encuentro del Rey de León, á quien halló en uno de los pabellones del castillo, donde las bóvedas y las gruesas paredes habían impedido que penetrase el fuego.

Al lado de Ramiro se veían, en aquel momento, Hermogio, Teodemundo y Domingo Sarracino, prelados de Tuy, Salamanca y Zamora, y los magnates castellanos, leoneses y navarros, Diego Nuño, Alvar Fañez, Inigo Ansurez y otros de menos nombre. Mientras el Rey procuraba enterarse de los detalles del combate, del estado y de la situación de sus tropas y de la dirección que to-

maran los restos del ejército enemigo, aquellos señores cuestionaban calorosamente entre sí sobre los frutos y los lucros de la batalla.

Los prelados sostenían la conveniencia de que el Rey licenciase sus huestes y regresara á León. Los Condes asentí de buen grado á que el Rey despidiese sus tropas y se fuese á León; pero sostenían la necesidad de quedar ellos armados, para sacar el fruto de la victoria. Y al efecto, que el Rey encargase á cada cual de ellos las fortalezas y la región del Tormes, que debían ocupar respectivamente.

El Rey afectaba no escuchar el debate; pero deseaba ocasión de ponerle término, cuando, afortunadamente para él, vió entrar en la regia estancia al gallardo Aben-Azán, y sin darle tiempo á que saludase:

—Sed bien venido—le dijo.—Vuestra tardanza nos iba ya causando alarma. Decidnos: ¿es grande el número de heridos? ¿Se les ha podido prestar auxilio á todos? ¿Cómo os habéis detenido tanto sobre el campo de batalla? ¿Qué habéis hecho? Vuestras gentes ¿han tenido muchas bajas? Dadnos noticias.

—¡Señor!—respondió Aben-Azán—permitidme ante todas cosas, que después de haber admirado todo el día vuestro valor, admire ahora vuestra parsimonia. La modestia de vuestro albergue contrasta admirablemente con la grandeza de vuestra victoria. Las armas cristianas no cuentan, hasta hoy, otra más completa ni más sangrienta contra el Islám. La sangre de innumerables creyentes ha regado hoy los valles, los montes y las laderas de Alkhandech: de sangre se abrevarán por muchos días los ganados, al pastar la yerba de esas vegas. No hay brazos para dar sepultura á tantos cadáveres, y he dispuesto su incineración. Solamente á los cristianos se les inhumará: á cada cual según su ley y sus costumbres. Los heridos, después de la primera cura, se van distribuyendo por las aldeas inmediatas, y los menos graves, de entre los vencidos, permanecen en calidad de prisioneros de guerra. Nuestros heridos, en mucho menos número, están también atendidos, cuanto es posible, en nuestro campamento.

—¿Y vuestros afamados médicos?...—le interrumpió bruscamente el burgalés Diego Nuño.—¿Cómo no se han quedado á curar á sus compatriotas?

—Gracias á los que lo han hecho, amigo Nuño, y para los que Aben-Azán me pidió salvo-conducto, se habrán podido curar algunos de nuestros bravos compañeros de armas—se apresuró á contestarle el Rey.

—Así es la verdad, señor—dijo Aben-Azán,—y de ello darán testimonio al Conde, si se toma la molestia de visitarlos, el Obispo de Astorga, el intrépido Pelaez y su deudo mismo Garci-Fernández.

—¿Y qué caudillos de Abderramán has reconocido sobre el campo?—preguntó de nuevo el Rey.

—¡Señor! Las palmeras de su vergel. El denodado Aben-Ahmed, walí de Mérida; el espejo de caballeros, Ibrahim ben-Dawid; la luz de su consejo, su más fiel amigo y pariente, Al-Mondhir, y el pundonoroso walí de Valencia, Djehad-ben-Yahia.

—¡Honor á los valientes!—interrumpió el magnánimo Alvar-Fañez.

—Se lo he tributado—contestó Aben-Azán,—se lo he tributado en la seguridad de que honra con ello á sus vencedores.

—¿Habéis omitido hablar del más encubierto personaje—dijo á esta sazón el Obispo de Tuy,—el Adonis de la corte del Kalifa, su Hadjeb Nadja, á quien yo conocí en Córdoba, y que si no me engaño es otro de los que hoy han sellado con su sangre su adhesión á Abderramán?

—Y de los que seguramente no han podido pasar el puente Al-Sirat—contestó Aben-Azán.—Mi lanza se hubiera regocijado de encontrarle vivo en el campo de batalla. Mis ojos no han gozado el placer de verle muerto. Y á decir verdad, no hice gran diligencia por ello.

—¡Señores, señores!—interrumpió el Rey.—la jornada de hoy reclama descanso, más bien que solaz. Estos buenos prelados aún tendrán que rezar sus horas, y yo he de visitar todavía á la Reina viuda de Navarra, que no sólo merece nuestros parabienes, sino la corona del triunfo. Quedaos, Aben-Azán, que á título de más joven, os será menos molesto que á estos señores ayudarme á pagar mi deuda.

De esta manera logró el Rey levantar el bloqueo y oír de solo á sólo la opinión de Aben-Azán, que fué la de despedir pronta y políticamente las huestes auxiliares de navarros y castellanos, retirándose el Rey á León y licenciando su ejército, á pretexto de necesitar descanso, y de carecer de viveres y de recursos para continuar su campaña.

Ramiro, que abundaba en los propios deseos, convino en todo ello. Y para no perder tiempo, quiso aquella misma noche despedir á la Reina de Navarra, de paso que la felicitaba y la hacía presentes su reconocimiento y su deseo de corresponder con igual ó mayor servicio, estrechando, si á tanto llegaba su ventura, los vínculos de amistad con los de familia.

## VIII

Pero Aben-Azán no quería volver á León; no quería estrechar más los anillos de una cadena, que no desea-

ba romper, pero si ir alojando para poder desasirse, cuando bien le viniere. Era no obstante demasiado astuto para dejar que Ramiro descubriera, no ya su secreto, pero ni sus deseos, y se guardó muy bien de abordar la cuestión para no manifestarlos ni siquiera indirectamente. El tiempo apremiaba sin embargo: su compromiso crecía, y su silencio aumentaba la dificultad de ladearlo buenamente. Mas el árabe sabe esperar, y Aben-Azán acertó esperando.

—Por cuanto hay, os aseguro—le dijo Ramiro, cuando ya se retiraban á sus respectivos aposentos;—por cuanto hay, Aben-Azán, he de evitar que los Condes de Castilla se apoderen, como desean, de las ciudades y fortalezas que baña el Tormes.—Quiero, antes de dos meses, volver sobre ellas y ocuparlas sin el auxilio de ellos. Pero entretanto...

—Continuad, señor—le dijo Aben-Azán;—sabéis que soy vuestro más fiel servidor.

—Pues bien, Aben-Azán; quisiera que arreglaseis las cosas de modo que, sin salir con vuestros jinetes de la región del Tormes, me preparaseis inteligencias en Salamanca, Rivas, Alba, Carpio y sus castillos aledaños. Yo caere ahora sobre Ledesma, sin estrépito y dejaré en ella guarnición de mi confianza.

—Señor, contad conmigo y con mis quinientos jinetes. ¿Que condiciones puedo ofrecer á los que os presten homenaje y acaten vuestro derecho y vuestro poder?

—Los cristianos—le contestó el Rey—no son menos generosos y liberales que han sido los musulmanes. Ya conocéis mis opiniones en esa parte: tolerancia y justicia; respeto mutuo á las creencias y á las costumbres de cada cual, y garantía de que serán inviolables las personas y propiedades de los moriscos, con tal que paguen los tributos y no infrinjan nuestras leyes.

—¡Ah, señor!—exclamó rebosando júbilo Aben-Azán;—si de ese modo procedieran todos los reyes cristianos... ¡cuán fácil fuera fundir en uno dos pueblos tan valerosos y tan nobles... y hacer de España la primera nación de la Europa y del mundo!...

—No tan fácil, amigo Aben-Azán; no tan fácil como se os antoja. Tres siglos de unión y de trabajo al intento por parte de los reyes godos no bastaron para fundir en un pueblo al romano y al godo. Ciertamente al fracaso contribuyó no menos que la intemperancia de los godos, la ambición del clero romano. Pero...

—Hoy forman ya un solo pueblo—interrumpió Aben-Azán.

—Sí, amigo mío—le replicó Ramiro;—sí; á costa de la durísima lección que vosotros les disteis. Ha sido necesaria la catástrofe del Guadalete—un diluvio y todas sus consecuencias—para producir el fenómeno que deseas, y yo también, ver reproducido entre nuestros dos pueblos. Pero yo no me hago ilusiones, por más que á conseguirlo se encaminen todos mis esfuerzos.

Aben-Azán besó la mano al monarca leonés, y cada cual se dirigió á su aposento.

T. R. PINILLA

(Se continuará.)

## JULIAN ROMEA

## I

Hoy, que el arte encantador de expresar los afectos del alma por medio de la palabra, la acción y el gesto, se encuentra en nuestra patria en un período de lamentable decadencia, bueno es presentar á los ojos de nuestros compatriotas el nombre de aquellos que en la historia artística tienen un lugar preferente y han de figurar siempre como modelos dignos de imitarse.

Es indudable que la raza de los buenos actores se va extinguiendo entre nosotros. Máizquez, Latorre y Romea no han tenido sucesores.

Es inútil que nos forjemos ilusiones: dícese que nuestro teatro en su forma literaria atraviesa un período de decadencia; pero nosotros creemos que la causa de tal decadencia sólo puede hallarse en el bajo nivel de nuestros actores, que ni están á la altura de los que les precedieron ni á la de la época en que vivimos.

¿Dónde están aquellos artistas que en no lejanos días embellecieron con las brillantes flores de su inimitable arte el teatro español?

Nuestras antiguas glorias están representadas por alguna que otra ruina venerable, y entre la gente nueva no exceden de media docena los que pasan de medianías.

Por eso creemos de necesidad invocar la memoria de Julián Romea. El nombre de este célebre actor, tantas veces repetido con aplauso; su mérito indisputable, sirviendo de término de comparación en todas las discusiones escénicas; el halagüeño recuerdo del entusiasmo que inflamaba á los especta-

dores, apenas desplegaba sus labios, todo cuanto tiene relación con este hombre verdaderamente extraordinario, interesa al honor nacional, y nos ha impulsado á escribir estas mal perjeñadas frases con objeto de recordar su nombre, y reverdecer los laureles que tantas veces supo arrancar de las sienes de Talía y Melpómene para adornar su frente.

La personalidad de este insigne actor sintetiza una época gloriosa é inolvidable de la literatura española, tan fecunda en genios ideales, como rica y varia en sus manifestaciones artísticas. Período al cual pertenecen nombres ilustres y obras inmortales, que realizan dentro de la literatura y de la política, en apretado haz, unidas por intereses y aspiraciones semejantes, importantes y provechosas reformas que habían de trascender muy luego á la vida intelectual de España.

Al morir Romea arrastra consigo los restos de aquella época fecunda y gloriosa, de que era última representación viva en las tablas del teatro Español. Época que ilustraron, de una parte, García Gutiérrez, Zorrilla, Bretón de los Herreros, Hartzbusch, Escosura, Ventura de la Vega, Gil y Zarate, Rodríguez Rubí, Eguilaz y tantos otros; de otra parte, aquella espléndida corona de artistas, de que fué rico y preciadísimo florón Romea.

La figura del actor al alejarse de nosotros se agiganta; pero ganando en estatura, pierde en claridad; se hace vaga, grande, indeterminada, como aparición osiánica. Se le ve ya á través de una nube. Unos cuantos años han sido bastantes para darle la augusta majestad del mármol antiguo.

Durante el tiempo que hace que bajó al sepulcro, el público, la prensa, la crítica y la literatura escénica, han recordado sin cesar el nombre del más eminente de nuestros actores contemporáneos, al ilustre poeta y cantor de *La fe cristiana* y *Zaragoza*, al insigne creador de *Glocester*, *Juan sin tierra* y *Jorge Sullivan*; al inimitable artista que completó las glorias de Ventura de la Vega en *El hombre de mundo* y *La muerte de César*; las de Bretón de los Herreros en *Marcela* y *¿El qué dirán?* de Rodríguez Rubí en *El arte de hacer fortuna* y *Borrascas del corazón*; de Eguilaz en *Los soldados de plomo* y en *La cruz del matrimonio*; de Ayala en *El tejado de vidrio* y en *El tanto por ciento*, y de Larra en *La oración de la tarde* y *El bien perdido*.

Había tanto genio en aquel artista, le era tan exclusiva su manera de representar, no tan sólo en la comedia de costumbres, como se pretende por muchos, sino todo el teatro, en todos sus géneros conocidos, que no dejó tras de sí herederos.

Romea era el actor inimitable de la verdad y de la naturaleza, y por eso dejó al morir admiradores, pero no herederos.

Podrá un actor, al calor de la inspiración, crear un personaje como él creaba, ser lo que era, ¿lo que era? no; algo de lo fué Romea, pero no por haberlo aprendido en su escuela. Romea tenía su escuela en el mundo para el conocimiento de la verdad, y en sí mismo para el del sentimiento. Cada una de las obras dramáticas que representaba, podía ser un estudio nuevo, pero todas habían costado al gran actor un solo estudio.

Para Romea el arte era la verdad, pero la verdad sentida y reflejada de la manera más bella y poética; la verdad, y siempre la verdad, fué la norma y regla que se trazó en la interpretación de las obras dramáticas; pero la verdad, que no es el realismo flaco y descarnado, seco y árido que todos pregonan, y tan pocos entienden, y que es la fórmula salvadora del arte; la verdad artística, que tiene un puesto señalado en el templo de la belleza, y que no sacrifica absurdamente á lo real lo bueno, y que tampoco necesita idealizar para embellecer: Romea siempre embellecía, y sin embargo, siempre había dicho y había sentido la verdad.

Por eso nunca empleaba los efectos escénicos que se fundan en el esfuerzo físico, que lejos de conmover al espectador, únicamente logran aturdirle, tales como la voz campanuda, las contorsiones que espeluznan, los gritos exajerados, las gesticulaciones que desconciertan el rostro. Todos estos recursos, de seguro efecto sobre el vulgo, eran indignos de aquel actor eminente; la alegría y el dolor tenían en su voz y en su gesto acentos inimitables y rasgos subyugadores, pero cultos y distinguidos siempre.

La originalidad era en él superior á las influencias de su época. Hizo sus estudios bajo la dirección de D. Carlos Latorre, y no imitó á su maestro; fué á París y no trajo del teatro francés, como Máizquez,

nuevos elementos para conquistar aplausos. Sólo su inmenso talento le bastó para encontrar la modulación más armoniosa, la postura más natural, el detalle más delicado.

Presentía Romea lo que no sentía; y este gran talento intuitivo alcanzaba en él fuerza tal que las más de las veces llegaba á connaturalizarse, absorberse ó resolverse en caracteres tan contradictorios al suyo propio, tan extraños á su idiosincrasia, que hubiera sido imposible reconocerle en su personalidad á los que no estaban acostumbrados á verle multiplicado y reproducido tan fácilmente en personajes y tipos humanos de índole diversa.

Por aquella facultad de deducción, que le era esencial, Romea no copiaba los caracteres exteriores del personaje, cuya imitación quería llevar á la escena; no sacaba de él una simple fotografía para enseñarla al público en muestra de habilidad, sino que, penetrando en el alma del tipo original, haciendo de ella el estudio psicológico necesario para conocerla bien, amoldábala á sus facultades, reunía con su inteligencia y creaban al personaje á medias el arte y el genio del artista.

En esto se diferencia la verdad del realismo; aquella es siempre lo verosímil, descartado lo superfluo, por muy repugnante ó por extremadamente sencillo; éste lo copia todo, aunque sin entenderlo la mayor parte de las veces.

Las condiciones físicas y las prendas morales de Romea, ayudaban poderosamente á aquella disposición de su talento y á las naturales inclinaciones de su conciencia artística.

Su estatura era más que mediana y proporcionada en todas sus partes; sus facciones tenían tan gran movilidad y fuerza de expresión; que con solo una mirada sabía arrancar entusiastas aplausos; su voz era simpática, dulce, agradable, que persuadía con fuerza irresistible; sus francas y distinguidas maneras y su sereno y majestuoso continente, le daban un sello de nobleza sin afectación, y podía fingir vileza en su persona, sin hacerla repulsiva.

Su talento era tan universal, que dominaba por completo todos los géneros de poesía, desde el trágico hasta el festivo.

Desde el hombre elegante hasta el zafio gallego, desde el primero de los Césares hasta el más miserable de los bandidos, todos los personajes cómicos, dramáticos y trágicos cabían en las extraordinarias facultades de Romea.

Sus poderosas facultades no se detenían ante ningún obstáculo: en las inflexiones de su voz había acentos para todas las pasiones, para todas las penas y todas las alegrías. Bien es verdad que nunca fué actor dramático ni trágico, tal como lo entienden muchos de nuestros actores. El drama y la tragedia eran considerados por él como accidentes de la vida del hombre, y jamás quiso tratarlos con el énfasis y grandilocuencia de los dioses.

Tenía la frente ancha y elevada; sobre los ojos, grandes, oscuros, movibles, llenos de expresión, arqueábanse las pobladas cejas, acentuando poderosamente la fisonomía, ya cuando las juntaba impulsadas por la ira, ya cuando las separaba con dulzura al influjo de más blandos y tiernos afectos. La nariz de Romea era regular, sensuales los labios y perfectos los contornos de la barba, que llevaba siempre afeitada, como el bigote. Vestía con extremada elegancia; su paso era firme y seguro en las tablas, aunque su andar, un tanto descuidado fuera de ellas.

Todo noble y levantado sentimiento tenía albergue en su corazón, poseyendo al mismo tiempo todos los defectos y todas las pasiones de los hombres superiores.

La desgracia ajena le arrancaba lágrimas, y á su lado, según decimos vulgarmente, no había pobres; en tanto que él se arruinaba y contraía deudas, ó por arriesgadas empresas ó simplemente por caprichos, la mayor parte de las veces porque tuviesen pan los que vivían á su sombra y bajo su amparo.

Amaba todo lo que era honrado; despreciaba todo lo que era miserable y bajo; pero, aunque á veces su buen humor y natural alegría le arrastrasen á decir algún ligero epigrama contra sus envidiosos, que los tenía, ó contra los impotentes que pugnaban en vano por llegar hasta él, no se pudo nunca sospechar que odiase ni aun á los que le habían sido ingratos.

Romea, además de eminente actor, era también notable poeta; si no rayó á la misma altura que como artista, nos legó al morir bellísimas poesías, que de-

muestran sus excelentes dotes de escritor. Y por cierto que esto debió constituir una de las muchas desgracias que tuvo en su vida artística. Tener que estudiar y representar una y cien veces obras escritas sin sentido común, que sólo podían salvarse por el talento del intérprete!

Nacido Romea en aquella época gloriosa de transición y de crisis en que, á par de la transformación política que se verificaba por aquellos años en nuestro país, llegó á operarse también en la esfera literaria una verdadera revolución, no podía menos de figurar dignamente en ella nuestro insigne actor.

La libertad del pensamiento, exento ya de toda traba de previa censura; el aumento de vitalidad y energía propia de las épocas de transformaciones políticas, de discusión y de lucha; el vigor y el entusiasmo de una juventud ardiente y apasionada, que entraba á figurar en un mundo agitado por las nuevas ideas; el brillo y esplendor con que éstas se engalanaban, brindando á sus cultivadores un risueño porvenir; todas estas causas reunidas produjeron en nuestra juventud una excitación febril hacia la gloria política, literaria, artística; hacia toda gloria, en fin, ó más bien, hacia toda fama y popularidad.

Al movimiento político de nuestro país había precedido la revolución de Julio en Francia, y con ella también habíase desarrollado la revolución literaria en una esfera hasta entonces desconocida.

Extremada la reacción política en España, emigrados y perseguidos los poetas liberales, todo quedó en suspenso. Pero llega la amnistía, y como la literatura es la creación donde primero se revelan las agitaciones del espíritu, donde mejor se pronuncian los síntomas de vida de un pueblo que resucita, y donde más se retratan las fases de su decadencia moral, los emigrados traen consigo las ideas democráticas que adquieren en el extranjero, porque Francia, la educadora de nuestros emigrados, al acoger el romanticismo en 1830, no vió en él lo que Schlegel y su escuela en Alemania, sino la emancipación artística y literaria, el realismo en los caracteres, el desprecio de las reglas, la originalidad y la filosofía, y allí, como aquí, políticos y literatos pusieron la idea romántica al servicio de la patria y de la libertad.

Según nos refiere el inolvidable Sr. Mesonero Romanos en sus *Memorias de un setentón*, ocurrió, á la vuelta de los emigrados, una verdadera revolución literaria: á la clásica Musa de Racine y á los severos preceptos de Aristóteles, Horacio y Boileau, sucedió una escuela de atrevidas tendencias é indisciplinadas concepciones, cuyos ídolos eran Shakespeare, Calderón, Goethe. El romanticismo era el símbolo, y Víctor Hugo su gran sacerdote y profeta.

Nuestra entusiasta juventud, conmovida por el impulso de la época, apasionada por su carácter meridional, y teniendo en casa el germen de la nueva escuela literaria, tan hábilmente desenvuelto en las inmortales creaciones de Calderón y Rojas, Lope y Moreto, Tirso y Alarcón, abandonó las huellas de los Luzanes y Moratines, las églogas candorosas y los tiernos idilios, las artes poéticas y las disertaciones de los eruditos de escuela, para dar otro giro al pensamiento, otras bases á la forma y otra entonación al estilo de sus composiciones.

Los emigrados trajeron igualmente de su destierro, los caracteres morales de aquella época de transición y de crisis, en que mueren los antiguos ideales y se preparan otros nuevos, época de dudas, engendradora del excepticismo, y de lucha, que tiene sin embargo fe en el porvenir y en la libertad.

La nueva escuela literaria hizo su aparición en el teatro.

Martínez de la Rosa, que ya en 1830, hallándose emigrado, había visto representar con gran éxito en París su drama *Aben-Humeya*, es el primero que salta á la arena y estrena su drama *La conjuración de Venecia*, el cual produjo una explosión de asombro, de censura y de aplauso. El público, arrastrado por la corriente política más en boga; los literatos, viendo en él la aurora de la independencia y la señal más expresiva de la nacionalidad, y los liberales, notando en la revolución literaria su mejor auxiliar, se pusieron del lado del atrevido innovador, y á pesar de las críticas de los clásicos, su triunfo fué completo.

A Martínez de la Rosa siguió Larra con su *Macías*, que se representó en 1834 en el teatro del Príncipe, drama en que la literatura romántica se presentaba con alcances políticos, impregnados de la atmósfera revolucionaria.

*Don Alvaro ó la fuerza del sino*, estrenado en 1835, original de D. Angel Saavedra, duque de Rivas, presentó tan recio contraste con lo antiguo que, según un crítico respetable, los espectadores quedaron asombrados y atónitos.

Un joven desconocido hasta entonces, y poco después una de las primeras glorias de su patria, García Gutiérrez, escribe *El Trovador* en 1836, drama lleno de originalidad, de interés dramático y de poética expresión, que entraña el pensamiento de libertad que en aquella época agitaba todas las frentes.

*Los amantes de Teruel*, de otro joven desconocido, modesto obrero, Hartzzenbusch, se representó en 1837, admirándose en dicho drama un modelo de situaciones dramáticas, de grandes caracteres y de soberbias bellezas, obteniendo un éxito extraordinario.

Y, por último, Gil y Zárate, en su drama *Carlos II el Hechizado*, presentó en la escena personajes, ideas y situaciones, con tal franqueza y despreocupación tratados, como jamás lo fueron por los dramáticos españoles.

El clasicismo sucumbía en el teatro del Príncipe, en las discusiones del Ateneo, en las fiestas del Liceo y en los folletines del *Figaro*.

Aquella brillante generación literaria que hizo inmortales en Francia los nombres de Víctor Hugo, Dumas, Scribe y Bouchardy; y en España los de Ventura de la Vega, Gil y Zárate, Hartzzenbusch, duque de Rivas, García Gutiérrez; Bretón de los Herreros, Rubí, inundaban con la prodigiosa luz de su genio el mundo de las letras, cuando hizo su presentación en el teatro Julián Romea.

Natural era que, siguiendo la corriente de la época y sintiendo germinar en su brillante fantasía ideas y sentimientos que le elevaban sobre el vulgo de los mortales, se hiciera poeta.

La idea de la hermosura era innata en el alma de Romea, porque Romea había nacido artista. Por medio del arte, destruyó las disonancias de su ser y se unió en suave armonía con lo creado y con Dios.

Por eso Romea fué poeta de esplendorosa fantasía, de entonación robusta, elegante en las locuciones, prestando singulares galas, facilidad y elocuencia á su nervioso estilo.

El que escribe ó habla debe procurar: lo primero, ser claro; lo segundo, breve: nada más molesto al lector ó al oyente, que percibir una idea envuelta en una palabrería insoportable. La brevedad y la concisión son dos de las muchas buenas cualidades que brillan en todas las obras de Romea. Sus poesías inspiradas, llenas de vigorosa entonación, deleitan y entusiasman, tanto por sus delicados pensamientos, como por la claridad, sencillez y elegancia con que están expresados.

Resulta en todas las poesías de Romea un gusto y delicadeza extremados; si no es original en sus giros, se distingue entre los imitadores más afortunados; atenido á las reglas del arte y poeta de nacimiento, no necesitó que ajena pluma imprimiera corrección de estilo á sus composiciones.

En su oda á *Zaragoza* pinta con fuego y valentía el amor patrio, como se vé en las siguientes estrofas:

«Así es mayor tu gloria:

los que vieron cual frágiles aristas

Caer cetros y reyes, y naciones

Hollados en las rápidas conquistas

De sus bien enseñados escuadrones,

Con asombro y respeto.

Ven á tus hijos fuertes

Que entre el ronco clamor de la batalla,

Y al seco redoblar del parche herido,

Y al tremendo rugir de la metralla,

Y del que espira el fúnebre alarido,

Y al crujir espantosa

Del desplomado techo,

Tras la vigilia de la noche larga,

Tranquilo el corazón, desnudo el pecho,

En confuso montón van á la carga.

Y una vez, y otra vez, el choque rudo

De la aguerrida gente rechazando,

Y un muro de cadáveres y escombros

En la rasgada brecha levantando,

A los pueblos asombras,

Que en tí sus ojos fijan,

Y de Entenza y de Flor las nobles sombras

En tu gloria inmortal se regocijan.»

«Eterna vivirán ¡oh Zaragoza!

Y para el pueblo que en futuros tiempos



do General que hoy, para felicidad de aquella República, rige sus destinos.

Continuemos nuestras digresiones sobre la conquista, ya que por un momento, inspirados por el interés profundo y verdadero que tenemos hacia las Repúblicas hispano-americanas, conquista que aún hoy continúa por españoles, que llaman americanos por haber nacido en aquella región, pero hijos de España por su idioma, por su sangre, costumbres, literatura, su cielo y su historia, pues se efectúa la conquista de muchos territorios ocupados por los únicos descendientes de los que poblaron y lucharon con los conquistadores del siglo xv y xvi, por los descendientes de los que fueron a llevar la luz en aquel hemisferio, descubierto por el genio de Colón.

Pero Cortés, temeroso de la emboscada, dió orden que fuese á reconocer sus cercanías Pedro Alvarado y Francisco de Lugo, con cien hombres cada uno; pero no tardó mucho tiempo en dar en la temida emboscada. Lugo, teniendo que hacer frente á muchos naturales, formó el cuadro, y de esta manera podía hacer frente por todos lados; el cielo fué en su ayuda, haciendo que Pedro de Alvarado, no pudiendo continuar por el camino emprendido á causa de las lagunas, benditas mi veces, pues obligado á retroceder, oyó los tiros de los hombres que mandaba Lugo; comprendiendo que había sido su compañero sorprendido, apretó el paso, y en breve se encontró con los que peleaban. Con este refuerzo, los indios iban ya temiendo un descalabro, tanto más que Cortés, avisado por Alvarado, llegó con su gente, obligando á los indios á la dispersión.

Una victoria más, victoria que les valió el conocimiento de una maquinación por parte de los indios. Después de la victoria de los españoles, fueron presentados á Cortés varios indios hechos prisioneros, presa muy importante por la declaración que iban á dar. Cortés los recibió afablemente y los trató bien, expresando en su rostro la bondad de sus sentimientos. Halagados los indios y previamente interrogados por Hernán-Cortés, manifestaron que habían sido convocados todos los caciques de Tabasco con el objeto de concluir con aquellos hombres que, con ser tan pocos, eran muchos; dió las gracias Cortés á los prisioneros, y mandó que se retirasen.

Entonces comprendió el eminente conquistador el peligro que les amenazaba; si en la batalla que acababan de sostener tuvieron que hacer supremos esfuerzos, ¿qué sería cuando se viesen frente de un enemigo, cuyas masas eran mucho más superiores? Pero no conoció el miedo, y su carácter decidido no le consentía volverse atrás y dejar en el ánimo del indio la creencia de que por temor se retiraban.

Dió orden de que los heridos fuesen trasladados á los bajeles, y que los cañones y armamentos y caballos se sacasen; esto lo efectuaron durante la noche, que ocultó entre su espeso velo los movimientos de los hombres. Al ser de día, preparóse todo para la misa, pues como buenos cristianos, tenían que encomendarse á Dios y pedir que protegiera su causa; aquellos hombres que en el combate luchan con el ardor de héroe ó hijos de una patria que nunca dobló su frente á otra nación, doblaron su rodilla ante el Dios de todo lo creado, y con la devoción del ferviente católico elevaron al cielo su ruego, ruego que debió tener acogida en el seno del Ser Supremo, pues guió á los españoles en aquella conquista, que á más de tener que luchar con las dificultades de un terreno desconocido y pantanoso y con un número ilimitado de indios, con la perfidia, ó mejor dicho la diplomacia del príncipe Motezuma, que á pesar de estar en regiones tan apartadas de la culta Europa, tenía conocimiento del arte de la política, pero en tan alto grado, que Cortés tuvo que hacer varias veces elogios del ingenio con que Motezuma trató destruirlos.

Pusieronse en marcha con toda la precipitación con que el andar pesado de los cañones permitía; paso tras paso iban quizá á la perdición, quizá al renombre entre los países que formaban el imperio mejicano; llegaron al fin á un punto llamado Cinthla, donde se dejó ver un ejército de indios tan considerable, que se perdían de vista las últimas filas, si filas puede llamarse á un pelotón de hombres desordenados en la colocación.

En la cabeza llevaban altas plumas de colores que les hacían más altos; su cuerpo, pintado con diversidad de colores, les daba aspecto espantoso; sus armas componíanse de flechas en unos, mientras otros empuñaban unas enormes espadas de madera, cuyos filos estaban hechos con pedernal ó espina de pescado. Tal era su tamaño, que para levantarlo sobre el enemigo tenía que hacerlo con las dos manos, pero tal era su golpe, que era casi segura la muerte de aquel que por su mala fortuna recibía un golpe con este instrumento; los más robustos esgrimían unas mazas llenas de puntas hechas de piedra, otros encargábanse de arrojar piedras, pero tan certeros en sus tiros, que casi era seguro el blanco allí donde ellos se proponían dirigir el proyectil. Tales eran las armas ofensivas que llevaba el ejército que encontró Hernán-Cortés en Cinthla. Sus defensas consistían en unos petos ó rodela de concha de tortuga, algunas de las cuales, las de los jefes, estaban adornadas de láminas de oro. Al ver á nuestros soldados,

prorrumpieron en estruendosa gritería, como para atemorizar con la voz á los que no conseguían perturbar con su presencia.

Cortés emboscóse ó colocó toda su tropa tras de una eminencia, y puso los cañones donde pudiesen hacer fuego con más daño al enemigo; montó á caballo y dió el mando de la infantería á Ordaz. Empezó la batalla de una manera singular, arrojándose los salvajes en número de 40 á 50.000 hombres (1) sobre los españoles que, ya no sirviendo los arcabuces, echaron mano á su espada, mientras que el monstruo de hierro abría ancha brecha en aquella muralla humana, brecha que se cubría instantáneamente después de una gritería, como temerosos de que el lamento del herido llegase á oídos del enemigo: en esta actitud heroica por parte de los españoles y desesperada por la de los indios se mantuvieron algún tiempo, hasta que Cortés acudió á la defensa de los suyos, con su caballo, acompañándoles catorce más; á la vista de éstos, huyeron despavoridos los indígenas, creyendo que eran fieras mitad hombre y mitad monstruo, dispersándose, dejando en el campamento gran número de cadáveres.

RAMÓN DE SANJUÁN.

(Continuará.)

## LAS QUINTAS

Sin compasión á los mozos  
El ronco tambor les llama,  
Diciendo que á entrar en suerte  
Cuando es entrar en desgracia.  
Lágrimas vierten las madres  
Al pensar desconsoladas  
Que á arrancar van de su lado  
Los hijos de sus entrañas.  
¿Con qué amargura en sus frentes  
Tiernísimo beso estampan,  
Y contra su seno estrechan  
De amor sus prendas más caras!  
Todas el adiós postrero  
Crean oír angustiadas,  
Que de su pecho en el fondo  
Su corazón despedaza.  
Todas maldicen la guerra  
Que á sus hijos les arranca,  
Y de la paz á la Virgen  
Elevan tristes plegarias.  
Ella es su único refugio,  
Ella es su única esperanza,  
Porque cual madre amorosa  
Ve lo que las madres aman.  
Ya todas creen mirarles  
Allá, en tierras muy lejanas,  
Siendo sus pechos el blanco  
De las enemigas balas.  
Con cuánto horror se figuran  
Verles que empuñan las armas  
Los que á ellas la vida deben  
Y á la muerte se preparan.  
Después de tantos desvelos,  
Después de amarguras tantas  
Que el hijo cuesta á la madre  
Desde su más tierna infancia.  
Cuando ella cree que pronto  
Será con creces pagada  
Al ver en su hijo querido  
Cumplidas sus esperanzas.  
A una ausencia quizá eterna  
Se encuentra ser condenada  
Del ser de ella más amado  
Pedazo de sus entrañas.  
No la aminoran su pena  
Las promesas reiteradas  
De que frecuentes noticias  
Vendrán consuelo á prestarla.  
Que antes que una carta pueda  
Cruzar inmensas distancias,  
Bien puede el pecho de su hijo  
Atravesar una espada.  
Y cuando llegue á sus manos  
El papel que tanto ansiaba,  
Puede ya ser un cadáver  
Quien sus letras estampara.  
Cuán tristemente recuerdan  
El placer que en sí abrigaban  
Cuando allá, en lejanos días,  
De sus hijos en la infancia,  
Su esbeltez y ganallura  
Orgullosas enseñaban,  
Que hoy en pequeños defectos  
Con gusto vieran trocadas.  
Del Dios de paz ya los hijos  
A la guerra se preparan  
Y dicen que en los combates  
Van á servir á la patria.

(1) Esto dice Solís, aunque nos parece algo exagerado, á pasar de que Cortés sabía por los indios presos que sería muy grande el número de los combatientes.

¡Cuanto mejor la sirvieran  
Si en sus tranquilas moradas  
Al trabajo dedicados  
Su inteligencia aguzaran!  
Quizá de entre ellos saldría  
Quien el estudio abrazara  
O la industria fomentando  
Con su celo y su constancia,  
A su nación consiguiera  
Los laureles de la fama,  
Que si á sus puertas un día  
Llamase guerra inhumana,  
Ya sus hijos defendería  
Sabrían en la campaña  
De su madre en la defensa  
Bañando las fieras armas.

ELVIRA SOLÍS GREPPI.

## LA CUERDA DE CAÑAMO

Novela original

(Continuación.)

—¿Y por qué, Duquesa?—pregunta el Coronel manifestando extrañeza.

—¿Por qué? Por su modo de ser, impropio de su edad. Ahí la tiene V. hablando con personas, todas formales. De seguro se trata de la última novela de Alarcon, de alguna dolora de Campoamor ó del cuadro de Rosales. Ni afan por los bailes, ni afición al lujo; solicitada por lo más florido de la juventud aristocrática, como es natural que suceda siendo tanta su belleza y tan pingüe su dote, y desdeñosa con todos. No se ocupa en otra cosa que en su piano, sus pinceles y sus libros.

—¿Y qué mal hay en eso? No veo en todo lo que V. dice motivos de disgusto, y si, por el contrario, de satisfacción para V. El talento de Isabelita iguala á su hermosura; es instruida sin ser marisabidilla; toca el piano como una profesora y pinta cuadritos que, según he oído á personas inteligentes, la acreditan de discreta aficionada, ya que no de consumada artista: con todas estas circunstancias es natural que su carácter sea serio y formal, y que no guste de las frivolidades que otras señoritas de su edad.

—Me asustan los caracteres serios, Pérez. Lo mismo era su madre. Cuando estas niñas formales y serias se apasionan, no hay quien las haga desistir de sus propósitos. La preferiría como las demás.

—Isabelita es demasiado buena y discreta para que dé su corazón á un hombre indigno de ella—observó Pérez.

—Le voy á V. á ser franca. Hace tiempo que acaricio el proyecto de casarla con el hijo de mi mejor amiga, con el Marqués de Rianza. Sería un enlace ventajosísimo. Por él se fundirían en una dos de las familias más ilustres y poderosas de la antigua nobleza de Castilla: los Riazas y los Campoverdes, que son de las pocas casas que no han venido á menos con los cambios y mudanzas de estos tiempos desdichadísimos que hemos alcanzado. Media Andalucía puede decirse que es del Marqués. He hecho á Isabel algunas indicaciones. A una niña de otras condiciones, el fausto y esplendor que ese casamiento la brinda, la hubieran hecho reflexionar siquiera; á ella, no. Sin manifestar abierta oposición á mis propósitos, me ha oído con la mayor indiferencia.

—¿Y si el Marqués no se ha fijado en...?—dijo Pérez.

—Cá. No lo crea V., está muy enamorado de ella—le interrumpió la Duquesa.

—Pues no se le conoce mucho. Mire V. ahora mismo y verá...

—Sí, tiene V. razón; no está obsequioso con ella, pero ¡si la encuentra siempre tan desdeñosa!

—Su frivolidad y conducta un tanto alegre no son lo más á propósito para agradar á Isabelita. ¿Oye V. lo que dice á sus amigos?

—Es verdad, es verdad. Ya le oigo referir sus galanteos con las hermosuras de moda en París. En Madrid mismo su conducta es algo ligera... Pero estos chicos son así... Yo no sé qué atractivos encuentran en esas mujeres... ¡Y luego que á los jóvenes de la aristocracia no se les va á pedir lo mismo que á los de la clase media! Su posición y su fortuna hacen disculpable en ellos cierta ligereza de costumbres.

—No digo que no, duquesa; pero es muy probable que Isabelita sea menos tolerante que usted con el que, por lo visto, va á ser su prometido.

—Pues ahí tiene V., Pérez; ahí tiene V. por qué quisiera yo que fuese como las otras. Con muy contadas excepciones, todos los jóvenes de nuestra clase son como el Marqués. El día menos pensado, Isabel se nos enamorade un advenedizo sin nombre ni fortuna, y descendiendo de su esfera...

Pérez no pudo reprimir un gesto de disgusto al ver que la duquesa le infería un agravio, sin darse cuenta de lo que hacía con aquellas palabras. La buena señora lo notó y se apresuró a añadir:

—No es que yo tenga en menos á los jóvenes que por su talento y mérito llegan desde las clases más humildes ó desde la clase media á posiciones distinguidas y aun elevadas. No señor; todo lo contrario; soy la primera en admirarla. Si llegan á los más altos puestos de la nación ó conquistan un nombre respetable en las ciencias ó en las artes, justa recompensa es á su laboriosidad. Pero, amigo Pérez, en esto de matrimonios, no me negará V. que cada oveja con su pareja.

El amigo Pérez no creyó oportuno replicar palabra, y tanto él como la Duquesa siguieron apurando á pequeños sorbos sus tazas de café. El silencio que guardaban les permitía oír perfectamente lo que hablaban los demás, que no lo hacían en voz baja como ellos en el diálogo que acababan de sostener.

—Es indudable que la Exposición de este año es la más notable de todas las que ha habido hasta ahora. Ese cuadro de Rosales vale cualquier cosa. Es una obra maestra, digna del pincel de Velázquez. ¡Qué sobriedad de color! ¡Qué toques tan vigorosos! ¡Qué composición tan bien estudiada! ¡Qué nobleza y qué verdad en todas aquellas figuras, y especialmente en la de la reina!—decía el literato.

—También son notables los cuadros de Gisbert y Casado—dijo el empleado en Fomento.

—Pero no tanto, amigo mío. El «Desembarco de los puritanos», por la agrupación y actitudes de las figuras, resulta algo teatral; parece un cuadro final de un melodrama. Y la «Capitulación de Bailén», aunque bueno también como el de Gisbert, no es una obra perfecta; los uniformes de aquellos soldados que han peleado en reñida y larga batalla están flamantes y relucientes como si acabaran de salir de casa del sastre—objetó el literato.

—La verdad es que merecía la Exposición estar mejor instalada. El barracón de la calle de Alcalá no puede ser más pobrecito—dijo Isabel.

—Tiene V. razón, Isabelita—replicó el empleado de Fomento.—Pero como siempre, se ha tropezado con un inconveniente insuperable, la falta de metálico.

—El cuadro que me ha llamado mucho la atención es uno que hay en la segunda sala. Es de un pintor que no he oído nombrar. Se titula «Ensayo al órgano (1)»—dijo Isabel.

—Ya sé al que V. se refiere—le contestó el pintor.—Es de un joven que empieza ahora, y que empieza muy bien.

—Más bien se diría que es de un maestro veterano en el arte. ¿No está V. conforme conmigo?—preguntó Isabel.—¡Qué bien agrupadas las figuras! ¡En las actitudes de los niños de coro, cómo se conoce al que canta con verdadera fé y al que lo hace de mala gana y porque es su oficio! ¡Qué entusiasmo resplandece en el semblante del maestro de capilla! ¡Que estúpida fisonomía la del que toca el violon! Y ¡qué envidia se echa de ver en la mirada que el organista dirige al inspirado maestro! Es un cuadro realista, en que se ha huido de los efectos rebuscados, para encontrar la belleza en el trasunto fiel de la verdad.

—Y la factura vale tanto como la composición—añadió el pintor.—Los trajes encarnados de los niños de coro destacándose sobre el fondo dorado de aquel órgano colosal, son una mancha de color en que el autor ha hecho afortunado alarde de colorista.

—¿Y sabe V. cómo se llama?—preguntó Isabel.

—Le he oído llamar, pero no recuerdo. Sé que es catalán y que estuvo en Roma pensionado por una Diputación provincial.

Acercáronse en esto, bulliciosamente, el Marquésito y sus amigos al grupo de los que hablaban con Isabel.

—Venimos á contar con estas señoritas, y ustedes dispensen si les interrumpimos, para que

(1) El cuadro que aquí se describe como obra del protagonista de la novela, lo es de Matías Moreno, figuró en la Exposición de Bellas Artes de 1881 y ha sido adquirida por el Estado para el Museo Nacional. Su autor fué propuesto para una segunda medalla por el jurado.

nos ayuden á hacer propaganda en pró de una innovación—dijo uno de ellos.

—El Marqués es el iniciador del pensamiento, y á él le toca hablar—manifestó el otro.

—¿Qué será?—exclamó Clarita.—Ya me tienen ustedes impaciente. Vamos, Marqués, hable usted...

—Empezaré por *hacer historia*—dijo con énfasis, estirando su diminuta y exigua figura y colocándose bien sus lentes de oro y cristal de roca.—En las recepciones y bailes de las Tullerías, á que he asistido durante mi estancia en París, por particular y honrosa invitación de la Emperatriz, nuestra hermosa compatriota, he observado que los caballeros van de calzon corto y media de seda. ¡Es de lo más elegante y *comm'il faut* que pueden ustedes figurarse! Y se me ha ocurrido introducir la moda en nuestros salones. Estos amigos la han acogido con aplauso, y como no hay empresa que se logre sin la cooperación del bello sexo, venimos á suplicar la valiosísima de estas señoritas que tan dignamente le representan.

El Coronel se sonrió; la Duquesa lo observó y se mordió los labios.

—Por mi sí—dijo Clarita Mendoza con tono burlesco.—¿Lo pide el señor diplomático en términos tan corteses! Y además ¡que van ustedes á estar más lindos...!

—Eso ustedes, Jacinto—contestó por su parte Isabel.—Lo mismo me da que usen ustedes calzon corto como pantalon largo.

—Esa moda, jaque á la Reina—dijo el Duque al mismo tiempo que movía un arfil, traerá otra en seguida: la de usar pantorrillas postizas.

—Se conoce que el Marqués está satisfecho de las suyas. Las mias son muy endeables para ponerlas de manifiesto—añadió el literato.

—A Isabelita la ha molestado que interrumpamos su conversacion con estos señores—dijo el Marqués un tanto amostazado.

—¡Oh, no! ¡No por cierto!—se apresuró á responder la interpelada.—Los amigos no molestan nunca. Y además, no era la conversacion tan interesante hasta el extremo de que me haya ocasionado un disgusto el que ustedes la hayan interrumpido, si bien es siempre agradable la de estos señores.

—Gracias, Isabelita—dijeron casi á un tiempo los aludidos.

—¿Y se puede saber de qué se trataba, si no es indiscreción?—preguntó uno de los amigos del Marqués, para salir de la posición embarazosa en que la fría acogida á su decantada proposición les había colocado.

—Del autor de ese cuadro «Ensayo al órgano», que tanto llama la atención en la Exposición de este año—le contestó el pintor.

—¡Ah, sí, Marqués! De Jaime Vals. El que va á retratarte, según me has dicho.

—¿Qué le conoce V.?—preguntó Isabel.

—Sí. ¡No le he de conocer! En el Casino oí hablar de él. Referían excentricidades suyas á cual más originales. Figúrense ustedes que en lugar preferente tiene colgada de una escurpia una cuerda de cáñamo, y junto á ella un cuadro que representa una mujer moribunda. El cuadro y la cuerda deben tener su historia. Me entró curiosidad de verlos y de enterarme de la historia, si la había, y rogué á un amigo mío que le conoció en Roma que me llevase á su estudio. Me indicó que no le llamase la atención acerca del cuadro y de la cuerda, porque le molestaria inútilmente. Yo no hice caso de la advertencia, figurándome que quien encarga un retrato y le paga á buen precio, no puede pecar de indiscreto con un pintor por una pregunta que le haga.

—Gracias por el juicio que tiene V. formado de nosotros—dijo el pintor.

—¿Y se salió V. con la suya?—le preguntó al Marqués el empleado.

—¡Quiá! ¡No señor! El hombre, que es muy adusto como buen catalán, y tasa las palabras como si fuesen pan bendito, cuando le pregunté qué significaban aquel cuadro y aquella cuerda y si tenían alguna relación (porque han de saber ustedes que en el cuadro hay también una cuerda pintada en una de las paredes), se hizo el desentendido y me enseñó otro que había al lado y dos ó tres bocetos que tiene en el mismo testero.

—¿Y qué tal es el cuadro?—preguntó Isabel.

—Yo no lo sé, Isabelita, porque no lo entiendo. Le ponderan mucho; pero yo nada le encuentro de particular. Y sin embargo, por tener el gusto de poseerle, ya que tanto se habla de él, y á pesar de que á mi amigo todo se le volvía tirarme de la levita, le ofrecí á su autor una crecida cantidad. «No le vendo», me contestó con un tono bastante impertinente. Después me ha escrito una esquela, excusándose de retratar-

me, con lo mucho que tenía que hacer, y me he alegrado, porque no quiero nada de un hombre tan soez, á quien estuve por darle á entender cómo se debe tratar á un grande de España.

—Es para despertar la curiosidad de cualquiera todo eso que nos ha referido el Marqués—dijo Clarita.—¿Y la mujer del cuadro es joven? ¿Es bonita?

—Como representa una mujer en la agonía, no se puede apreciar bien, aunque parece de alguna edad.

—Pues miren ustedes—dijo uno de los amigos del Marqués,—esa cuerda y ese cuadro han contribuido mucho á dar celebridad á ese pintor en poco tiempo. Hace unos retratos admirables como parecido y que son obras maestras. Pero muchos van con el pretexto de retratarse, llevados de la curiosidad como el Marqués. Sea por lo que sea, puede asegurarse que es el pintor de moda. Dentro de poco, podrá vanagloriarse de haber retratado á la *high life* de la sociedad madrileña.

—Papá—dijo Isabel á su abuelo,—tendría gusto en visitar el estudio de ese pintor.

—¡Tú también, curiosilla!—exclamó tan admirado el Duque que en su sorpresa hizo una mala jugada, moviendo inoportunamente un caballo que era el sosten de todas las piezas que tenía en juego—¡No lo hubiera creído nunca!

—Señor Duque, que se descuida V. y va á perder la partida—le dijo el académico.

—¿Cómo quiere V. que no me descuide viéndolo á mi nieta salirse de sus casillas como nunca lo ha hecho?

Isabel se ruborizó.

—¿Qué tiene de particular?—dijo el Coronel.—Yo soy viejo y también he entrado en curiosidad de conocer á ese pintor y ver ese cuadro y esa cuerda.

—Y yo, y yo—exclamaron todos.

—Mira, papá—dijo Isabel animada por aquella aprobación general,—mamá quería que me retratase y...

—Sí—replicó la Duquesa—te lo dije hace más de dos meses y no me hiciste caso y ahora te acuerdas... ¡no estás mala pícara!

—Bueno, hija mía—dijo el Duque dirigiéndose á Isabel.—Procuraré llevarte á su estudio y le encargaré tu retrato. ¡Este diablillo hace de mí lo que quiere!

—Iré contigo, Isabel—se apresuró á decir Clarita.

—Mate, señor Duque—exclamó triunfante el académico, que había tenido sus cinco sentidos puestos en el juego.

—¿Ves Isabel? Por tí he perdido la partida, que era mía, Sr. D. Mariano, porque si no muevo desairadamente aquel caballo...

—No venga V. buscando disculpas á su derrota—contestó su contrincante.—Le doy á usted el desquite.

Retiraron dos lacayos el servicio de café, fueron entrando después varias personas en el salón, que se animó bastante, se hizo música y la gente joven bailó un poco; pero aunque había bastantes señoritas, fueron pocas las parejas que rindieron culto á Terpsicore.

—¿Qué jóvenes tan poco galantes!—dijo la Duquesa á Pérez.—Ahí los tiene V. á casi todos en las mesas de juego y las niñas sin bailar. En mi tiempo... ¡cómo hubiera sido posible!

El héroe de la noche fué el Marquésito de Rianza, que en medio de estrepitosos aplausos, hubo de repetir unos *couplets* del último *vaudeville* estrenado en París, á pesar de cantarlos con su voccecita atiplada y desafinando cinco ó seis veces en cada uno.

—Pero ¡qué *sprit* tiene este chico!—se oía á más de una persona grave de las que había en el salón.

Realmente el Marquésito era un verdadero dique en sociedad. Baste decir que para dirigir un cotillon no había otro como él. En esto cifraba su más legítimo orgullo el descendiente de los inclitos Rianza, que tanta gloria alcanzaron en la conquista del reino de Granada.

FRANCISCO MARTÍN ARRÚE.

## LA POESÍA BYRONIANA

(APUNTES CRÍTICOS)

### I

Quizás no haya un poeta más calumniado y más escarnecido que el gran poeta inglés lord Byron; quizás no haya en el presente siglo otro genio de la altura de Byron. Hablar de él á principios del siglo, valía tanto como declararse partidario de sus ideales; elogiar

alguno de sus poemas, eran faltas que pagaban los que tal hacían con el descrédito más desconsolador; hablar de las poesías de Byron era hablar de lo monstruoso y lo deforme, defender el vicio y hacerse solidario del escándalo. La musa británica se avergonzaba de haberle prestado su aliento, y desde la dama aristocrática hasta la modesta doncella que apenas sabía leer; desde la sociedad literaria de mayor renombre, hasta la humilde reunión de eruditos y de poetas, sólo esperaban el anuncio de un nuevo trabajo del joven lord para rechazarle de antemano y predicar contra él una verdadera cruzada. Hoy la literatura inglesa se enorgullece con sólo su nombre; la ceremoniosa aristocracia, que tanto le aborreciera, le mira gozosa bajo la bóveda de Westminster, y la Historia le coloca al lado de Homero y de Virgilio, al nivel de Dante y de Camóens, y Victor Hugo le admira cual á nuestro inmortal héroe de Lepanto. ¿Cómo se explica este fenómeno? ¿Qué causas determinan esta variante? ¿Cómo siendo tan abominable su genio, hasta finalizar el primer cuarto de siglo, desde esta época comienza su fama y el prestigio de que hoy goza? La razón la tenemos en la desgracia, ley histórica que nos muestra siempre á los grandes hombres luchando desesperadamente con sus contemporáneos y su época; la tenemos cumpliéndose fatalmente el suplicio de Savonarola; en la miserable muerte de Cristóbal Colón; en la precaria y lastimosa vida de Cervantes, y junto al cadáver del primer orador de la revolución francesa, que hasta que exhaló el último suspiro no comprendió el pueblo francés que perdía el legítimo defensor de sus derechos y el único freno á la demagogia y al crimen.

Con dificultad se encontrará vida más agitada, más llena de incidentes de todos generos, que reuna, en dosis tan graduada lo trágico y lo cómico, como la vida de Byron, y muerte tan gloriosa como la suya. Fuera por vicio orgánico ó por enfermedad mal curada, es lo cierto que desde los primeros años quedó cojo, imperfección que, á pesar de sus esfuerzos, no pudo disimular, y que le acarrió burlas, primero de su madre, posteriormente de cuantos están dispuestos á mofarse de los defectos ajenos, sin parar mientes en su origen. El acerado filo del ridículo penetró, pues, en su corazón y le predispuso á la defensa y á la observación de las faltas y crítica de los que tan sin miramientos le trataban. Amó á los doce años, con toda la madurez é intensidad que otro cualquiera á los veinte, pero tuvo la desgracia de perder el objeto de su cariño. De nuevo se abrió aquel corazón al constante verdugo de su vida, pero fué para cerrarse á los golpes del más crudo desengaño: no podía ser amado, no podía ser correspondido, porque era cojo y contaba dos años menos que su pretendida, Maria Caworth.

Dotado de pensamiento libre y de espíritu independiente, tenía que vivir sujeto, por su alto linaje, al ceremonial y á la etiqueta rigurosisima de la más exigente aristocracia, de la aristocracia inglesa. Las primeras poesías que escribió fueron para él manantial de sinsabores, pues le proporcionaron crítica tan injusta, que, estimulado su orgullo, publicó una réplica punzante y mordaz, por el estilo de las luteranas, en la que demostró por la vez primera su gran talento satírico y las condiciones privilegiadas de su genio.

Si hubiésemos de seguir paso á paso la borrascosa existencia del poeta, no acabaríamos nunca, ni diríamos nada del objeto preferente que estas cuartillas se proponen; así es que apuntaremos los datos biográficos indispensables para formar idea de su vida, que sólo teniendo alguna noción de ella y de la atmósfera en que respiró, es como puede decirse algo cierto sobre sus obras y la transcendencia de su sátira. Espíritu aventurero é inquieto, partió de Inglaterra, amargado el corazón por sus desgracias amorosas y literarias, necesitando respirar más puro aire y ver cielo más despejado y sol más espléndido que el de su nebulosa patria. Vino á nuestra España, ocupada entonces en la guerra de la Independencia. El

grandioso espectáculo que ante sus ojos se ofreciera, dió nuevo impulso á su genio; así es que el poema comenzado á su salida la «Peregrinación de Childe Harold», contiene estrofas inspiradas por nuestra patria en su guerra, en sus costumbres y en lo radiante del cielo andaluz, región de España que se puede decir fué la única que visitó. Después recorrió Italia y Grecia, pues su naturaleza de artista le arrastraba hacia la cuna de la poesía y la cultura europea. De vuelta de su primer viaje publicó el poema antes mencionado y se entregó al triunfo que le proporcionara; contrajo matrimonio, más bien por consejo de sus amigos y como freno a sus pasiones, que por verdadero amor. Tal enlace no podía terminar bien; las extravagancias de su carácter, su pasión por la independencia, hicieron surgir disgustos en el hogar, que acabaron con la huida de la esposa; suceso desgraciado que volvió á dejar solo, como dos años antes al morir su madre, á aquel infortunado ser condenado al aislamiento y al dolor: la opinión pública puso del lado de la esposa que faltaba de aquella manera á sus deberes; la culpa recayó entera sobre el marido, con uno de esos fallos inapelables que daa tan mala idea de la justicia social; en medio de su desesperación se entregó Byron á los placeres, tratando de ahogar sus aficciones; nuevo motivo de censuras para el desgraciado poeta que al fin tendría que abandonar su querida patria para siempre. La situación era, pues, insostenible; partió por segunda y última vez de Inglaterra, y atravesando la Francia, fijó la residencia en Italia, donde escribió la mayor parte de sus obras.

Ya en Venecia, de uno en otro amor, de uno en otro exceso, vino a parar en la prostración más absoluta, y únicamente la bienhechora influencia que ejercía en su alma el último de sus amores, la condesa Guiccoli; y la ocasión que Grecia le ofrecía, luchando por sus libertades, le arrancaron de aquel letargo Zarpó de Nápoles en nave alistada con los restos de fortuna, y murió heroicamente en defensa de la causa del progreso y de la libertad; su palabra postrera fué ¡adelante! ¡Sublime palabra, que comprendía en sí la vida toda de la humanidad.

Hé ahí relatada á grandes rasgos la vida del *monstruo*, como le llaman algunos escritores; vamos ahora con la brevedad que es de rigor, á examinar el estado de la sociedad en su tiempo y la influencia que, por tanto, sobre su genio alcanzara. Aunque Inglaterra, por su larga historia de revoluciones y por su situación alejada del continente, parecía que á fines del pasado siglo había de sentir menos que cual quier otra nación las sacudidas revolucionarias de Francia, sin embargo, y tal vez por esas mismas razones, pues que disfrutándose de más libertad á ella habian de acudir los hombres que de todos los partidos hacia emigrar la revolución, es lo cierto, que se conmovió profundamente al choque de las ideas nuevas, al leer los discursos de Mirabeau y Barnabé, y al mirar asombrada aquel puñado de héroes acaudillados por Dumouriez, que hacían frente á la Europa levantada en armas contra ellos, y de cuyo seno habia de salir más tarde el coloso llamado Napoleón.

La juventud inglesa, por tanto, fué una de las primeras en percibir y hacerse solidaria de las tendencias progresivas. Byron figuraba entre los más escogidos de aquella juventud, de modo que los sueños de su niñez fueron arrullados por la voz que salía de la Francia, entonando en los campos de batalla el himno de su independencia y sus queridas libertades, á tanto precio alcanzadas. No hay por qué decir, pues todo el mundo lo sabe, en qué vino á parar la sangrienta hecatombe que se conoce con un solo número en la historia, célebre por los horrores que recuerda, y que ha servido á Victor Hugo para título de una de sus interesantes novelas ó poemas, pues que las novelas de Victor Hugo son verdaderos poemas. Los crímenes del 93 desacreditaron la revolución, por más que, como dice Thiers en su historia, el terror mismo fué una necesidad de tan criti-

cos momentos, y sin él hubiera quedado Francia esclava de las naciones coaligadas.

Tras la revolución vino su consecuencia lógica, la reacción. Primero en la dictadura de Bonaparte, posteriormente con el despotismo solapado de Luis XVIII. A la impiedad en religión, sucedió el fanatismo; á la entereza y virtud republicana en política, la adulación palaciega; á las costumbres libres, pero honradas, la inmoralidad y el desenfreno, pues basta recordar el traje de baile de una dama de la época del Directorio, modelo acabado de desvergüenza, para convencerse de la moralidad que reinaba entre las gentes de aquel tiempo.

Sólo el verdadero talento, sólo el genio podía librarse del contagio general; á él le estaba reservada la gloria de ver con su intuición poderosísima más allá de los errores y de las preocupaciones; á él le era dable percibir que lo que sucumbía ante la reacción universal eran los derechos del hombre, que el esfuerzo gigantesco del pueblo que al destruir la Bastilla destruyera el poder absoluto de los reyes, iba á quedar anulado; que la causa del progreso se hundía y que necesitaba de un brazo fuertísimo que le ayudara á levantarse. Así como el edificio imponente de la monarquía absoluta necesitaba, para estremecerse y temblar y caer deshecho en mil pedazos, la punzante sátira y sarcástica sonrisa de Voltaire, así la obra de la reacción necesitaba la perpetua carcajada del D. Juan de Byron.

Pocos hombres se libraron del general descontento, del excepticismo que se desprendía de tanta ruina, de tanta esperanza perdida, de ilusiones de mejoramiento, de libertad y de fe, sepultadas, al parecer, eternamente en los desastres napoleónicos. Rusia con Catalina II; Alemania supeditada al militarismo; Francia, con las *libertades* de Luis XVIII; nuestra querida España del 2 de Mayo en la negra y maldita noche de Fernando VII. El alma del poeta tenía que reflejar la sociedad que le hería, que le maltrataba, que le arrojaba de su patria, porque no ponía á su rostro la máscara hipócrita de las *buenas formas*.

Byron, poeta eminentemente subjetivo, como buen hijo del Norte, habia de expresar los sentimientos todos de su corazón, y al expresarlos, expresar también las dudas, los desencantos, la incertidumbre, el excepticismo, en fin, de su tiempo, tiempo de transición y de incubaciones de progresos actuales.

E. GÓMEZ CESTINO.

## AL DISTINGUIDO PROFESOR

EN ESCULTURA

SEÑOR DON NICOLÁS FERNÁNDEZ DE LA OLIVA

Es el artista un ser que Dios destina  
A admirar de sus obras las grandezas,  
A descubrir en ellas sus bellezas  
Y saberlas fielmente retratar.  
De inspiración sublime y claro ingenio  
Por vivísima antorcha iluminado,  
Al Supremo Hacedor es elevado  
El Divino poder al revelar.

En preciosas imágenes nos muestra  
De su mente los nobles pensamientos,  
Y de sus más profundos sentimientos  
Partícipes también nos sabe hacer;  
Por que en sus creaciones descubramos  
Aquello que su autor habrá sentido,  
Y gustemos con pecho enternecido  
De su mismo dolor ó su placer.

Vos, distinguido artista, habéis creado  
De un célebre pintor la imagen bella,  
Queriendo amable dedicarme en ella  
El fruto de una hermosa inspiración.  
Y por tamaña dicha sorprendida  
Al ver que tanta gloria no merezco,  
Henchida de entusiasmo yo os ofrezco  
Esta de gratitud pobre expresión.

ELVIRA SOLÍS

## LA NOCHE TRISTE

Un eco sordo que angustia el espíritu reflexivo es el recuerdo eterno mostrado por la tradición, cuando ésta nos cuenta famosas hazañas españolas cubiertas de luto, salpicadas de espanto, tomando provechoso interregno—como para dar aliento y fortaleza á decaídas brigadas—en el hueco espacio de un secular ciprés.

Noche triste llamóse, sí, aquella en que algunos de los de Hernán Cortés en la conquista de Méjico, tomaron descanso, guareciéndose en la vaciedad de un tronco enorme que amparaba con su corteza á los caminantes de las inclemencias del cielo y de la vigilancia enemiga. Entonces nadie hubiera dicho que aquellos árboles que van bordeando las alamedas de sepulcros, y forman bóveda á columnas tronchadas, alegorías de la muerte, á copas gigantescas cubiertas con sus paños, emblemas de tético realismo, á sarcófagos blancos, lustrosos, última brillantez social del cuerpo yacente, después de eruido, nadie hubiera vislumbrado, ni siquiera remotamente, que su verdor era el mismo verdor de lo que resguardaba á los vivos, ni que su madera era la misma madera que emparedaba seres animosos, todavía no rendidos en la caliginosa emoción de la batalla, y todavía no preparados á habitar la fosa común de los muestrarios de la rigidez.

El apunte histórico de aquellas referencias, parece pedir el destierro de la superstición; lo que acompaña á los muertos, aún pudo defender y animar á los vivos.

Empero hay otra noche triste, de esas que se representan á menudo en el escenario agreste de las soledades por el concurso de numerosos trágicos, que no tienen más atrezo que el de una naturaleza potente, ni más mobiliario que el de la vegetación agostada, ni más realce que el de los elementos huracanados y eléctricos, ni más decorado que el conjunto de asustador y temible cataclismo.

El viajero que cruza por una escarpada sierra á deshora, y en ocasión de sobrecogerle el aguacero, como el preludio de una tempestad atroz, llega á desear el relámpago, como en un antro oscurecido puede desearse el chasquido del fósforo. Teme y desea al propio tiempo una iluminación bienhechora que le enseñe el paraje solitario donde se ha puesto á esperar. Mil ideas á cual más lúgubres se agolpan á su imaginación, sospechadora de todo lo siniestro, y dada á inquirir lo que descubra francos senderos y posibles resistentes guaridas. Queda extático é inmutado, apercibiéndose á clavar espuelas en los hijares del bruto á seguida que descubra una vereda firme donde comience la ruta interrumpida de su viaje. Y como el instinto conservador del individuo tiende á avasallar en ocasiones aquello que lo circunda, el caminante, que recorre inexplorados caminos, no se recriminaria ante su conciencia de espolear hasta á un anciano mercenario que lo sustentase sobre sus hombros. La compasión extinguida, el miramiento terminado, en el punto donde se destaca el terror como una franja negra que va á perderse en el caos.

Si la centella envía al oído la palabra deflagración, y el huracán con el mugido prolongado que torna con los silbos y roncacos ecos sobrecoje el espíritu, el viajero cree oscilar sobre el abismo y ver trepanada su cabeza con espirales de fuego... de pronto un rayo ilumina el espacio... el osono le sofoca, la descarga le hace temblar; su vista ha descubierto el panorama de una noche triste.

Collados pedregosos en cuyos declives ruedan, impulsadas por el viento y por las aguas, masas de nieve; árboles secos, escuetos, cuya vestidura arrasó la tromba de aire, y cuyo esqueleto es después el tronco parduzco por donde gotea la lluvia; llanuras ablandadas donde la huella de los pies quizá se convirtiera en molde de ser humano; charcas cuya superficie brilla al resplandor del relámpago; nubes plomizas que van al encuentro, como dos rivales, hasta confundirse y engendrar un duelo en los aires; por todos lados el desaliento, la amargura, el tedio; un páramo enormísimo, cuya silueta tiene por remate la cumbre donde aguarda el fin de la torrencial noche el fatigado transeunte de la Naturaleza.

Es imponente la recordación de la calma y alegrías pastoriles en medio de un veripuesto que hace de canal anchuroso en las noches invernales, porque

mientras la imaginación se rejuvenece, tiritando el quebrantado cuerpo, y mientras la fantasía vuela, el espíritu decae, y no hay realidad más desconsoladora que una nota discordante, perpetua, en un aparato de armonía como el organismo humano.

CLEMENTE BLANCO VILLEGAS.

## EL MOVIMIENTO RELIGIOSO

EN EUROPA Y AMÉRICA

### CAPÍTULO NOVENO.

*La propaganda papista.—El Congreso de Colonia y sus protestas contra las definiciones obligadas de la Iglesia de Roma.*

#### I

Por cuanto hemos dicho en el capítulo anterior puede conocer el lector la importancia que hoy tiene, para el cristianismo, el movimiento religioso operado en Europa, y mayormente lo que en él influyen los llamados viejos católicos. Para conocer esta verdad hay que saber todo lo ocurrido en los Congresos de Colonia y Maguncia, donde por dos veces los viejos católicos se han congregado para tratar de adoptar medidas en pro de su propaganda y para cuestión de disciplina. No todos están conformes en apreciar la importancia de estos Congresos. Cuando se reunía el de Colonia hacía notar *La Epoca* que los llamados viejos católicos, que se reunían en Suiza, formaban una secta que no representa el verdadero catolicismo, sino las tendencias protestantes. Y añadía el mismo colega:

«Todo el valor de los auxilios y alianzas y de todos los conciliábulos de los llamados viejos católicos, quedarían reducidos sencillamente á cero sin la protección declarada del Príncipe de Bismarck. Este es para ellos la única fuerza que han encontrado hasta ahora; y á pesar de lo mucho que vale, les ha servido poco para prosperar. Si algunos desventurados acuden á recoger los favores del presupuesto oficial en Prusia y en Suiza á costa de la apostasia, en la generalidad del culto la heregía y el cisma nuevos cunden poco.»

No se puede faltar más abiertamente á la verdad. Precisamente no hay presupuesto oficial, ni protección de Bismarck, ni apostasias en esto de los viejos católicos, y la sesuda *Epoca* lo conoce muy bien, pero tiene necesidad de hacer propaganda papista, como lo prueba el publicar á continuación del suelto anterior las siguientes líneas:

«El Papa ha pronunciado una alocución en el Seminario romano.

Ha comparado la actual situación de Roma á la historia de Job, censurando la nueva quinta, la abolición de las corporaciones religiosas y el aumento de los impuestos sobre el pueblo italiano, exhortando á los discípulos del colegio á predicar la penitencia, mientras se preparan para nuevas luchas.

El Gobierno italiano ha dispuesto que se cumpla la sentencia de seis días de cárcel impuesta al obispo de Mantua por ofensa al Rey Víctor Manuel.»

No hemos de juzgar aquí á los que así quieren servir á una causa. No ha menester desenmascararlos, que la opinión pública los señala con el nombre que se merecen.

Pasemos ahora á lo que hizo el Concilio de Colonia.

#### II

El 20 de Setiembre abrió sus puertas el Congreso á unos quinientos delegados que entregaron sus papeletas de invitación, y se reunían á las nueve de la mañana, en el gran salón de Gurzenich.

A más de estos invitados estaban presentes cierto número de espectadores, y de diputaciones de otros países, de manera que la Asamblea era tan numerosa que pasaban de mil los asistentes, entre los cuales podemos citar al Arzobispo Loós, de Utrecht, con su secretario; los Obispos de Lincoln con un paje, el d'Ely (Inglaterra); el de Maryland (Esta-

dos- Unidos), con su secretario; el decano de Westminster; el R. Doctor Mary, representante del Obispo de Londres; dos profesores de teología protestante de Oxford; Mr. Janyschew, Padre mestre y Rector de la Academia eclesiástica de San Petersburgo; el ayudante de campo del gran Duque Constantino; un Arcipreste ruso de Pesth; un eclesiástico inglés, de Florencia; el R. Nevin, Rector de la capilla americana de Roma; el R. Mr. Bloomfield, de Roma; el Abad Michand, de Paris; Mr. de Kesserow, Consejero de la legación rusa en Berlin; el Doctor Doellinger; Mr. Huter; Mr. Reikems; Mr. Friedrich; Mr. Schult, representante por Praga; Mr. Reuffte, de Mering; Mr. Masson, de Viena; Mr. Herzog, de Lucerna; Mr. Guswert, de Koenigsberg; Mr. Kamiuski, de Kattowitz; Mr. Classen-Kappelsmam, de Colonia; y los señores Michills, Koo-odt, Reust, Langen, Tangerman, Rothls, Kluns, Wufing, Schulte, Petri, Jenischew, y otras muchas notabilidades que no conocen los neo católicos que inspiran á la prensa papista de Europa.

Wuffing, Consejero superior del Gobierno, y Presidente de la Comisión central, abrió la Asamblea dando la bienvenida á los representantes allí reunidos y procediendo seguidamente á hacer la historia sucinta de los móviles que impulsaban al Congreso.

Señaltes, Presidente del congreso de Munich, fué elegido Presidente por unanimidad, y Vicepresidentes Petri, Consejero del tribunal de apelación de Wiesbad, y Cornelius, profesor de Munich.

El Presidente ocupó su puesto manifestando que agradecía mucho á la Asamblea la honra que le acababa de dispensar, y después hizo ver la importante misión que le estaba encomendada al Congreso de Colonia.

«Formamos parte de la Iglesia católica—dijo;—mas juzgamos deber nuestro tomar la actitud que ocupamos, porque se nos quiere imponer doctrinas que no son la palabra de Dios, porque son inventadas por los hombres. Este es el primer móvil que nos reúne aquí.

«A más de esto, ha muchos años que el mundo cristiano pedía reformas, y precisamente por no haberse dado, se declaró el primer cisma en la Iglesia; cisma que comenzó en Ana Bolena, tomó cuerpo en Lutero y Calvino y se ha terminado con la aparición de los viejos católicos, representados hoy en nosotros.

«Pero confesemos que el antiguo cisma fué provocado, no por cuestiones religiosas, sino principalmente por el orgullo jerárquico.

«Nuestra verdadera misión es, pues, trabajar para reunir en una la nueva Iglesia dividida.

«Deberemos tener muy presente que no somos nosotros los que abandonamos la fe católica; somos fervorosamente, como antes, como siempre, fieles al catolicismo; pero los que tratan de expulsarnos de él dicen que abandonamos nuestras creencias y volvemos la espalda á la doctrina de Cristo. ¿Quiénes faltan así á la verdad? Los Obispos de la Iglesia católica. Pero una vez que los Prelados reconocen que no estamos con ellos, aunque aprueben ó condenen nuestros principios, estamos en el deber de decirles: «No tenemos necesidad alguna de obedeceros, no tenéis facultades para mandarnos lo que esté contra nuestra conciencia. (Aplausos.)

«Aún hay otro punto importante, y que no es solamente con los Obispos católicos con el que reza, sino que también tiene que ver con los sacerdotes. A los ministros que profesamos la antigua doctrina, se nos cierran las puertas de los templos cristianos por los párracos y los Prelados; se nos prohíbe administrar los sacramentos; se nos insulta de palabra y por escrito; se nos excomulga desde lo alto del púlpito. Ectos hechos nos autorizan á practicar en cualquier parte y lugar las funciones sacerdotales, siempre que las podamos desempeñar con dignidad y decoro.

«Un punto réstame aún que tocar: la necesidad de reformar nuestra Iglesia, reforma radical, reclamada en parte ya más de cinco

siglos. Pero deberemos reconocer, antes de proponerlas, que no nos encontramos con autorización suficiente, hasta ahora al menos, para realizar por sí propios estas reformas, sin consultar antes la voluntad de nuestros fieles. Por otra parte; no tenemos Obispos propios, y no podemos reconocer la jurisdicción de aquellos Obispos á quienes no consideramos como nuestros superiores legítimos.

«Anora bien; como la Iglesia católica reclama un episcopado, deberemos hacer un esfuerzo para crearlo. Así tendremos nuestras autoridades legítimas, formaremos Sinodos diocesanos provinciales, y tal vez Sinodos ecuménicos.»

El orador protestó después de la acusación que les dirigen á los viejos católicos los jesuitas y ultramontanos, de que quieren despojar al cristianismo de sus teorías y formas del culto positivo, protesta que la Asamblea recibió con nutridos aplausos.

Procedióse después á la elección de los Secretarios, leyéndose seguidamente las comunicaciones, cartas y telegramas de las adhesiones enviadas por Prelados y sacerdotes de Alemania, Austria, Italia, España, Portugal, Holanda, Inglaterra y Rusia.

A propuesta del Presidente, la Asamblea dió un triple viva en honra del Arzobispo de Utrecht, á cuya manifestación respondió el Prelado con palabras de profunda gratitud.

El Obispo de Lincoln, después de un discurso en francés, dió lectura de varias felicitaciones en latín dirigidas á los viejos católicos.

La Asamblea pasó seguidamente á discutir las catorce proposiciones presentadas por una comisión, relativas á la organización de las funciones sacerdotales.

Los siete primeros párrafos fueron aprobados sin discusión. Se reducen á que los sacerdotes suspensos ó excomulgados por consecuencia de abrazar la fe de los viejos cristianos, tienen el derecho de ejercer todas las funciones sacerdotales.

Aquellos sacerdotes pueden imponer penitencia sin autorización de los Obispos. Los viejos católicos tienen el derecho de proveer á sus necesidades religiosas, escogiendo para ello á los Ministros que quieran. En caso de necesidad, se les puede dispensar de las prescripciones de la liturgia. A falta de una Iglesia católica, pueden servirse, sin escrúpulo alguno, de un templo protestante, ó de otro cualquier local decorosamente adornado.

Antes de la aprobación del artículo 8º, en que se dice que el cumplimiento de las reformas en las cuestiones de disciplina y de culto continuarán reservados á los órganos legítimos de la Iglesia, salvo la abolición de los derechos de estola, los honorarios para las misas, los abusos de indulgencia y la adoración á los Santos, á las medallas, escapularios y cualquier otra reliquia, abolición que se venía haciendo sentir hace mucho tiempo, Mr. Reusch hizo la siguiente declaración:

«Si en este artículo se reservan para el futuro las reformas que entran en el camino de la disciplina, se puede dejar para otra ocasión que no sea la presente la cuestión de si entre nuestras reformas, es necesario envolver la ley del celibato, ya sea autorizando, ya suprimiendo. Mantenemos el principio de que las mudanzas en la disciplina eclesiástica tradicional no pueden operarse sino por la autoridad competente, y no arbitrariamente por una parcialidad secundaria.»

La Asamblea manifestó su conformidad con las ideas emitidas por el orador, y suspendió la sesión á la una para volverla á reanudar á las cuatro de la tarde, con la presencia de 420 delegados, comenzando el Presidente por dar lectura de multitud de telegramas de felicitaciones.

Mr. Jenischew, de San Petersburgo, manifestó su satisfacción por que la Asamblea se hubiese manifestado en favor de la ley y de la antigua constitución de la Iglesia cristiana.

«Una de las principales diferencias—dijo el orador—entre la Iglesia griega y la latina es que el artículo *Felioque* fué adicionado al *Credo*, regulado por un Concilio Ecuménico

unilateralmente por los latinos, sin el concurso de la iglesia griega.»

Jenischew terminó pronunciándose á favor de las nacionalidades en el seno de la Iglesia, y pidió á la ciencia católica alemana que se asintieran con él, y á los otros teólogos de su iglesia, para que así pudiesen mejor explorar la verdad cristiana en interés á la unión de los partidarios de la ley de Cristo.

La discusión del resto del articulado continuó sin alteración importante y fueron adoptados por unanimidad. En ellos se manda que los Ministros del viejo catolicismo deben evitar en todos sus sermones las cuestiones de política religiosa, los ataques contra las otras religiones y los insultos ni provocaciones personales.

Los sacerdotes serán nombrados según las necesidades que se dejen sentir en las diversas localidades.

Se manda evitar toda apariencia de separación ó rompimiento con la Iglesia católica, y reservar las cuestiones relativas á la propiedad de los bienes eclesiásticos.

En cuanto á la validez religiosa de los casamientos—estando la validez civil sin determinarse aún,—se hace notar:

1º Que la declaración de los esposos debe tener lugar según el derecho canónico existente, extendido ante el cura competente, y autorizado por los testigos.

2º Si por su adhesión á las resoluciones del Concilio, el cura se negase á dar la fe y bendecir la unión, basta una declaración ante dos personas, como sucede en el casamiento civil; pero se hace necesario entonces que los esposos reciban la bendición nupcial del Ministro de cualquier comunidad de católicos viejos, próximo al lugar donde se efectúe el matrimonio, ó de otro sacerdote particular, aunque no sea párroco.

3º Ningunos otros gastos serán necesarios para vencer los obstáculos del casamiento, más que los establecidos en virtud de los estatutos de la Iglesia, y para los cuales hay sus reglas conocidas.

La Asamblea acordó después que no habiendo en Alemania ningún Obispo consagrado viejo católico, los Prelatos extranjeros, y con especialidad los de las iglesias de Utrecht y de la Armenia, quedaban autorizados al cumplimiento de los actos sacerdotales propios de su jerarquía. No obstante de esto, los congregados en la Asamblea se reservaban el derecho de establecer una ó más jurisdicciones episcopales regular, haciendo los nombramientos de los Prelados por el voto unánime de los sacerdotes y miembros de la comunidad que se conserve fiel á la antigua fe, de entre los hombres más dignos, y haciéndolo pregonar al primer Prelado por uno ó más Obispos ortodoxos. La Asamblea adoptó después una proposición de Schult, concebida en estos términos:

«Será nombrada una comisión de los miembros de la Asamblea, entre los cuales habrá al menos tres teólogos y dos doctores en derecho canónico, encargados de preparar la elección de un Obispo, de examinar y resolver las cuestiones que se rocen con la oportunidad de la elección, la residencia y dotación del elegido y de sus relaciones con los poderes civiles y las autoridades eclesiásticas; informará también sobre las bases de un reglamento electoral y convocará una Asamblea de electores compuesta de sacerdotes y representantes de las comunidades.»

Esta comisión fué nombrada en aquella misma sesión, y por adición se le encomendó también de la confección de un estatuto provisional para la organización de las comunidades, y sobre las propuestas que se han de hacer á los poderes civiles y otras que fuesen necesarias para las resoluciones del Congreso; levantándose la sesión á las ocho de la noche.

El Congreso volvió á reunirse el día 21 adoptando en primer término las propuestas relativas á la organización del movimiento de reforma y otras que tendían al fin de la propaganda.

Con el propósito de organizar más pronto el movimiento de una mayoría unitaria, se

confió la dirección superior de los trabajos á dos Comisiones, una de las cuales tendrá residencia en Colonia y la otra en Munich.

Cada una de ellas se compondrá de doce miembros, tres de los cuales han de ser domiciliados en Colonia y otros tres en Munich, y todos serán nombrados anualmente por el Congreso, recibiendo el derecho ilimitado de cooperación. Nombrarán cada una su Presidente, con un Secretario pagado, y se dará á sí propia su reglamento, para todas aquellas atribuciones que no estuviesen definidas por los estatutos.

Para todos aquellos puntos donde no hubiera número suficiente de adhesiones, el Concilio nombrará, de entre sus fieles, y por propuesta suya, una persona de confianza, la cual será encargada de hacer el informe para la Comisión superior.

La Comisión se obliga á auxiliar á los miembros de la Asociación con sus consejos y con sus actos, por intermedio de los hombres de confianza, en los puntos donde se hallaren y sobre los puntos que aquél designara en su escrito.

Se procurará hacer entrar á todos los viejos católicos, de cualquier punto donde se hallaren, en la Asociación general.

Para acudir á todas las partes de esta organización y recoger los fondos necesarios para satisfacer todos los fines de esta Asociación, los nombres de confianza harán circular listas anuales ó semestrales entre todos los viejos católicos, que sean partidarios del movimiento.

Como medio más eficaz de asegurar una organización más duradera, debe atenderse preferentemente á la formación de la comunidad.

Una vez cada año, y como regla general, en el Congreso deberá la Comisión superior procurar propagar el *Deutsche Merkur* y el *Katholik*, de Koenigsberg, así como algunos otros órganos de los viejos católicos, mandando también á los grandes periódicos políticos, correspondencias regulares y periódicas, sobre el movimiento de la reforma, procurando discutir de tiempo en tiempo, en un estilo popular, cuestiones importantes, apelando para esto también á los folletos y á las revistas locales. Además de esto, deberán darse conferencias públicas con el mismo fin; suspendiéndose en esto la sesión para abrirla de nuevo á eso de las doce del día 22, y por última vez durante aquel año.

El Schulte Presidente la hizo preceder de unos oficios espirituales, en la iglesia de San Pantaleón, celebrados por Mr. Tangermann, y á cuyo acto acudieron más de 3000. Abierta una vez la Asamblea, el Presidente insistió de nuevo en sus pretensiones de que los viejos católicos se reunieran á los protestantes alemanes.

Bluntschli, de Heildelbourg, Presidente del Congreso protestante, pidió la palabra, comenzando por agradecer, en primer término, á la Comisión, su invitación para aquel acto, y celebrando en términos muy satisfactorios el deseo de actividad y vida que reconocía en todos y cada uno de los miembros de la Asamblea, por estrechar los lazos de unión con sus hermanos los protestantes; mas procuró á la vez demostrar las dificultades que se oponían al feliz éxito de estos deseos generosos.

En su opinión, la reunión ó acuerdo en asuntos del dogma entre viejos católicos y protestantes era imposible; lo mismo acontece entre los propios protestantes, que aún no han logrado ponerse de acuerdo en algunos puntos del dogma. La unión con los católicos tampoco será posible, al menos hasta que no haya transcurrido media docena de siglos. Pero tampoco esta unión de los viejos católicos con protestantes ó católicos, no la encontraba necesaria el orador. «La luz no es más que una—decía;—pero iluminando múltiples y diversos objetos, retráese y produce así los colores más diversos, aunque todos penden de sus mismos rayos solares. Ninguno de esos colores forma la luz entera; ninguna de ella refleja tal y como ella es, y lo mismo acontece con todas las cosas,

así las miremos desde lo más alto como desde el suelo. Toman en el hombre formas diferentes, según su educación, sus sentimientos, su interés, sus facultades naturales é idiosincrasia, y por eso ninguno conseguirá conciliar las diferentes opiniones sobre esta cuestión.

»No creo tampoco que en la situación actual de las cosas, sea posible venir á un acuerdo sobre las cuestiones del culto y sobre la constitución definitiva de la Iglesia, aunque los protestantes admitamos voluntariamente que vuestro culto católico contiene muchas cosas que algunos entre nosotros lamentamos. A pesar de esto, una reunión real, tangible, evidente, no tendrá lugar fácilmente, porque la educación religiosa y las costumbres de los pueblos se oponen categóricamente. En cuanto al acuerdo de la constitución de la Iglesia, las divergencias serán mayores y muy fuertes en la acción; mas en este asunto podremos, con todo y poco á poco, entendernos sobre dos puntos, por lo menos en Alemania, Prusia y Suiza.

»En primer lugar, lamentamos la manera tan insensata que lleva su absolutismo Roma sobre los espíritus de los cristianos; juzgamos que esto es un arma política y no habrá almas religiosas que aprueben tales desmanes (*Aplausos*) rechazamos el jesuitismo, que mata á los espíritus, en vez de darles vida y esperanzas, y respetamos el derecho de las comunidades. ¿Y será preciso por esto perder toda esperanza de venir á un acuerdo todos y que desaparezca algún día cuanto malo nos rodea? No, señores; al contrario: si sobre las cuestiones del dogma, del culto y de las constituciones no podremos pactar alianza, pactaremos la desde luego sobre las cuestiones de la moral y del deber, entendiéndonos fácilmente, y ambos puntos son esencialísimos al cristianismo, (*Aplausos*).

»Hasta ahora el principio de la Iglesia era: «*Solos nosotros estamos en posesión de la verdad absoluta; todos cuantos desconocen la verdad están dañados.*» Este es el exclusivismo de las diversas iglesias, y este exclusivismo es preciso combatir hasta destruirlo completamente. Todas las iglesias deben decir: «*Estoy en la plena posesión de la verdad; mas no pretendo poseerla solamente. Al contrario: sé que la fórmula de la verdad es relativa y no absoluta (Movimiento).*» Esta es nuestra opinión: así diremos: toda iglesia debe reconocer el derecho de existencia de otra, si éste fuese sincero y no se arrogará el derecho de oprimir y de dominar á las otras (*Aplausos*). Sólo en este concepto, y desde este campo, es posible tomar un verdadero acuerdo. Entonces podrá cada una desenvolverse según los medios que cuente, y según también su carácter propio, y las iglesias ejercerán la hospitalidad de unas para con las otras, como es mi mayor deseo y como los viejos católicos practican en este mismo instante respecto de los anglicanos, de los rusos y de los protestantes alemanes» (*Aplausos ruidosos*).

El Presidente agradeció al orador la franqueza y energía con que expuso cada una de sus opiniones. «*Poco importa—dijo—que estemos de acuerdo con ellas ó no sobre la posibilidad de la reunión de ambas iglesias; pero estamos ligados con grandísimas simpatías los viejos católicos á los sentimientos aquí expresados elocuentemente por el honorable Bluntschli, y esto es bastante para lograr mañana lo que ahora sustentamos.*»

La Comisión pasó después á proponer que se tomasen los siguientes acuerdos:

1º Recomendar á los católicos que acepten cargos de las congregaciones de caridad, previa la autorización de la autoridad eclesiástica.

2º Que procuren dar un carácter cristiano á la enseñanza de las escuelas municipales, invitándose á los católicos á tomar parte en las elecciones administrativas.

3º Nombrar una comisión encargada de fundar escuelas universitarias.

Aceptados, después de alguna discusión, estos tres puntos, se disolvió la Asamblea en medio del mejor orden.

NICOLÁS DÍAZ PÉREZ.

## EL GENIO Y VICTOR HUGO.

Existe en la República francesa una provincia llamada El Franco Condado, país que no dudamos en calificar el más bello de Francia, fértil y cubierta su superficie por cereales y sus montañas por ricas maderas; allí, lo mismo que en nuestra Andalucía, se aspira la poesía y la belleza.

El año 1802 cruzaba las campiñas amenas y deliciosas del Franco Condado un anciano de venerable aspecto y de presencia majestuosa: muy anciano debía ser; su larga barba le cubría el pecho, y el pelo, igualmente que su barba blanca, caía en gracioso desorden sobre sus hombros; su rostro curtido por el sol, grandes y negros ojos, pobladas sus pestañas y de arqueadas cejas; tal era aquel hombre que, fatigado por el viaje, se sentaba en la tarde del 26 de Febrero en una roca rodeada de flores silvestres y cubierta con hojas caídas de un árbol que le prestaba su sombra; extendió su mirada por el ancho espacio, y se fijó en un grupo de edificios sobre los que sobresalían las torres de una iglesia.

—¡He ahí mi destino!—pronunció el anciano, y sacando de uno de sus bolsillos un volumen algo abultado, lo abrió, dejándole algunos nombres propios y fechas; buscó luego en el mismo volumen un mapa de Francia, y colocando su descarnado dedo sobre él, murmuró:

—Besançon, tu eres la predestinada por Dios, á recibir en tu seno á un niño que nacerá mañana; mi Dios me envía á mí el Genio, para que guíe en su camino al niño que habrá de ser anciano, anciano que habra de ser inmortal.—Esto diciendo pasó la vista por el volumen, y en su primera página puede leerse lo que sigue: *Estadística de los hombres que el Genio guió*; lo cerró y levantándose continuó su camino hacia la ciudad que debía dar entrada al Genio, espíritu invisible que presta su ayuda á pocos afortunados mortales. Besançon, ciudad de Franco Condado, era como dijo el Genio la dichosa que había de recibir á un niño que llegaría á los más altos puestos en la sociedad, guiado siempre por el anciano que llevó á Temístocles, Dante, Alejandro Magno, Mitridates, Lope de Rueda, Cervantes, Calderon, Rosini, Voltaire, Rousseau, Moreto, Garcilaso de la Vega, Lopez de Haro, Rojas, Hurtado de Mendoza, Blasco de Garay, Cervantes, Zúñiga, Rafael, Murillo, Romea, de la mano inspiradores, lo sublime y grandioso, el gusto, lo sobrenatural, ya en la poesía, ya en la pintura, ya en la música, ya en la guerra; genios que por su inclinación son luego educados por el venerable anciano que llegó á Besançon cuando las negras gasas envuelven á la ciudad: entra en ella y extiende sus brazos. Así en la oscuridad profunda de las calles, este anciano como un fantasma cruzaba las plazas y las calles sin ser de nadie visto ni oído.

Cuando á la mañana siguiente el sol de Oriente saludó á la vieja Europa, un niño vino al mundo; este niño fué colocado en una cuna, que se mecía á impulso de una mano huesosa que correspondía á un anciano que con ojos amorosos miraba á la criatura; en el libro que llevaba en el bolsillo, había un nombre más, Víctor Hugo, y después casillas como para fechas, y entre casilla y casilla unos veinte renglones; sin duda eran para la biografía de aquel niño que el 27 de Febrero de 1885 ha cumplido ochenta y cuatro años; hoy Víctor Hugo tiene las mismas señas que el Genio que desde que nació hasta la edad que tiene le ha acompañado; podemos decir que el eminente escritor francés es el genio del siglo, genio que ha producido obras importantes para el estudio de las sociedades, pintando con su prodigiosa pluma el tipo del hombre, los vicios y las virtudes, bastando una sola de estas figuras por él descritas para darle el nombre de literato eminente, autor de *Nuestra Señora de París*, joya de inestimable valor que por sí sola es suficiente para que ciñese su frente la corona del laurel. Los *Miserables*, obra en que su prodigiosa pluma pone de relieve los defectos de la

sociedad actual, y otras muchas llenas de inspiración, todas ellas dignas de elogio, joyas de más valor que todas las perlerías que existen en las coronas del mundo, verdadera alhaja de los pueblos cultos y dados al movimiento literario y á la literatura romancesca de Víctor Hugo, reorganizador de las letras francesas en nuestro siglo, algun tanto esquebrajadas, pero ánimo emprendedor é inquebrantable, siguió adelante hasta que llegó á conseguirlo, hasta el punto que su reorganización se hizo extensiva á nuestra patria, siendo en España García Gutiérrez el representante del romanticismo caballeresco, perdido hacia tiempo en nuestras obras, entregadas al materialismo de Sellés y de Zola, que envuelve conceptos erróneos y exagerados, presentando los tipos desnudos á los ojos del lector ó espectador, mientras que Víctor Hugo y García Gutiérrez nos lo presentan con el deseo y la poesía, y sin dejar de presentarnos los tipos repugnantes, nos los presentan llenos de romanticismo, encubriendo con la flor la inmundicia.

Víctor Hugo, como literato, como poeta, es sin disputa uno de los mejores de nuestra época; como político, nada podemos decir sino que es un buen estadista y que procura siempre por los intereses que se le encomiendan; en una palabra, el Genio que predomina en él le lleva por todos los caminos que van á parar á la gloria.

Mucho tienen que luchar los hombres aun cuando sean grandes talentos, pues al principio el mismo talento resplandece y al resplandecer, los que no están acostumbrados á esa luz tan viva la rechazan, hasta que penetrados ya del valor de ella, la aplauden; esto sucedió á Víctor Hugo, como le sucedió á Ayala. Víctor Hugo presentóse varias veces á pretender el cargo de académico, y siempre fué rechazado, hasta que entró en el año de 1841. Ayala trató de ser autor dramático, y sus primeras producciones fueron silbadas, pero siempre se le admiraba su valer.

Francia tiene hoy en su suelo el Genio de la literatura, el inmortal hombre de letras, que Francia mima tanto, tanto cuida y tanto miedo tiene que Dios arranque á ese ser fantástico, grande, que desde sus primeros años, pues empezó muy joven, llama la atención del mundo, y que indudablemente su nombre quedará grabado en las hojas de oro de la historia patria y la del mundo el nombre hoy respetado y agasajado por el universo.

España, que tan esclarecidos varones tuvo y tiene, envía hoy á la Francia la enhorabuena por el aniversario del natalicio del ínclito escritor Víctor Hugo.

R. DE SANJUAN Y CASASOLA.

## EL GRAN PROBLEMA

### ENSAYO FILOSOFICO-RELIGIOSO

(Continuación)

La lente del futuro microscopio de 10.000 diámetros, nos presentará el microbio del tamaño de una mosca.—¿Queréis más? Si se inventara un microscopio de 1.000.000 de diámetros, acaso apareciera aquél como un toro ó un elefante. Pues bien; tanto como el elefante y el toro distan de la nada, distará entonces la ciencia del total conocimiento. La ciencia al fin, limitada y finita, siempre estará á igual distancia de la nada, límite de lo infinitamente pequeño.

Nuevas leyes se habrán descubierto, nuevos y prodigiosos conocimientos habrán adquirido la humanidad, variadísimas escenas nos ofrecerá la materia, y, sin embargo, otro microbio ó otra cosa hoy invisible, aparecerá como un punto en el microscopio del millón de diámetros, desafiándonos de nuevo, y esta cosa es real, positiva, existe y os la vamos á decir: Es la millonésima parte (que es real) del microbio; parte ínfima que hoy no alcanzamos á ver, mas que por ello no deja de existir.

Y esta millonésima parte dista tanto de la nada como el microbio mismo. ¡Ah! Con verdad puede decirse que si este es «el diablo que se achica,» puede estar muy bien parodiando la letra del himno italiano, que dice: «*Somos piccolini... etc.*»

¿Quién podrá nunca afirmar por analogía lo que habrá en esas partes infinitesimales, que huyen ante las lentes como la paloma ante el milano?

Si pasamos á la célula, ese organismo elemental que al principio pareció tan sencillo (porque no se veía bien),

tan luego el microscopio progresa se empieza a vislumbrar una complicación que amenaza alcanzar las proporciones (a medida que se vaya viendo) del organismo compuesto —¿Dónde está, pues, la simplicidad? ¿Dónde el elemento? ¡Ah! Eran aparentes.

El núcleo, el nucleolo, el nucleololo; hasta aquí hemos llegado. ¿No aparecerá mañana el nucleolololo? Casi estamos seguros que sí.

¿Y podrá llamarse con el tiempo, y aun hoy mismo puede llamarse propiamente, «organismo elemental» a un ser en el que los *los* empiezan a repetirse indefinidamente sólo en la designación de uno de sus órganos? ¿Y quién asegura hoy, ni quién asegurará nunca, que en la célula no hay fenómenos que jamás podremos apreciar?

A medida, pues, que crece la potencia de las lentes, los seres elementales se nos convierten en organismos compuestos, —las cañas se vuelven lanzas y «el diablo» juega al escondite, a lo que parece, con nosotros.

El microbio tornarse mañana elefante; lo mismo que con las nebulosas ocurre con este aspecto de la ciencia, y así como antes probamos que la analogía—antirealista de suyo—jamás podría autorizar a concebir lo desconocido por lo conocido, así repetimos ahora que aquel silogismo jamás autorizará a juzgar el micro-infinito por la parte limitada que nos revela el mundo de nuestros sentidos.

No; el átomo dista tanto de la nada como la última nebulosa visible de los linderos *reales* del universo.

La ciencia, por mucho que progrese, siempre estará, pues, a igual distancia por uno y otro lado de las fronteras del completo conocimiento.

### III

La ciencia tropezará siempre con el infinito—digámos. La distancia del átomo a la nebulosa es y será siempre igual a un milímetro ante el infinito, porque ambas son cantidades limitadas.

Pero veamos los otros aspectos de la ciencia, y por tanto, del realismo. Veamos las esperanzas que éste puede abrigar por otros caminos. La materia, que no se conoce y que probablemente no se conocerá nunca, nos ha suministrado las primeras observaciones y puede aún suministrar otras muchas.

Creíase antes, y se afirmaba en la ciencia como verdad incontrovertible, que la materia sólo podía ofrecer tres estados: sólido, líquido y gaseoso. Como el progreso del telescopio resolvió las nebulosas, como el del microscopio resolvió los organismos elementales en verdaderos organismos compuestos, así el perfeccionamiento de la máquina neumática, llevando los vacíos posibles hasta una millonésima de atmósfera, nos ha mostrado un cuarto estado de la materia, que, a semejanza de los núcleos y nucleolos, viene a constituir un nuevo enigma y a darnos tormento por este lado.

¿Creéis que parará la cosa aquí?—No lo esperéis.

La ciencia vislumbra ya, aunque sólo en hipótesis, una cosa que puede ser muy bien un quinto ó un sexto estado—como queráis. ¿Quién puede todavía asignarle número?

A la materia radiante, cuyas moléculas parece que están estrechas en el tubo de Geissler—tal es la amplitud de sus vibraciones,—seguirá acaso el éter, si algún día el estado de la ciencia permite obtener del último manifestaciones reales é indubitables. Y si no el éter mismo, algún otro estado intermedio, pues de veras vamos creyendo que los estados de los cuerpos pueden ser en número indefinido.

Las moléculas se separan cada vez más, extienden su radio de acción y disminuyen sus choques, pudiendo compararse a la transformación del aire en materia radiante a un batallón que desplega en guerrilla.—Perfectamente. Pero decimos: ¿qué hay entre las moléculas de la materia radiante? Éter—se nos contestará,—puesto que éste último penetra todos los cuerpos.—Pero las moléculas del éter, como de una materia más tenue, deben agitarse a mayores distancias que las de la materia radiante, y sabemos, ó al menos se supone, que ellas atraviesan el tubo de Geissler, como Pedro el portal de su casa.—¿Qué hay, pues, entre las moléculas del éter?

¡Ah! El infinito, que se vislumbra también por este lado. Decididamente, la ciencia, y por tanto el realismo, tropiezan y parece que tropezarán siempre, con el infinito por todas partes...

La materia amenaza presentarse bajo infinitos estados.

¿Y no habrá un estado ultra-sólido? Quien sabe. Si se tiene en cuenta que los estados de la materia parecen obedecer a la ley de «aumento de densidad proporcional a las presiones, é inversamente proporcional al calorico», y si se considera la inmensa presión que los materiales de nuestro planeta deben ejercer sobre los situados en el centro del globo—abstracción hecha del aumento del calor central, hipótesis hoy abandonada,—¿cual no podrá ser el estado de concentración molecular a que tan inmensa presión haya reducido a aquellos materiales?

Quién dice que el centro de nuestro planeta podrá hallarse en estado parecido al del hierro ó el plomo; quién que los estados conocidos de la materia no pueden dar idea de la presumible concentración de las moléculas

centrales; y nosotros, casi de acuerdo con los últimos, nos figuramos que nuevos y desconocidos estados de la materia deben existir realmente, sin que acaso jamás nos sea dado comprobarlos; estados que abran los horizontes de lo desconocido por el lado ultra-sólido, como lo está ya por el ultra-gaseoso, de tal modo que, mientras más adelantan la ciencia y el realismo, mayores son los abismos que se vislumbran en lontananza.

Y si esto sucede en nuestro planeta, ¿qué nuevos estados, todos ultra-sólidos, podrá ofrecer la materia en otros mundos en los que las presiones sean enormemente superiores, ó en que el calor escasee de tal modo que se produzcan temperaturas inverosímiles y desconocidas para nosotros?

Dejando los estados de los cuerpos, pasemos a otro asunto: cualquiera, el más trivial, el más sencillo que se desee, el espectro solar, por ejemplo.

Percibimos siete colores principales desde el rojo al violeta; pero esto era lo que se percibía antes.

Posteriormente, y a medida que instrumentos más perfectos que el ojo humano—si por perfección se entiende apreciar más ó menos vibraciones que nuestra retina—han entrado en campaña hanse percibido en el espectro solar rayos ultra-violeta y rayos ultra-rojos. Nosotros no los vemos, mas no por eso son menos *reales*; existen, como existe el microbio, y los núcleos y las nebulosas. Cuáles vibran más de 700 billones de veces por segundo, cuáles menos de 400—límites que a nuestra pobre retina no es dado traspasar en la percepción luminosa;—pero ello es que, tanto los de 700 billones para arriba como los de 400 billones para abajo, son *reales*. Existen por virtud propia, existen *per se*, aunque nuestras pobres facultades no los alcancen.

Y bien; ¿creéis que pararemos aquí? Como antes, repetimos que no lo esperamos.

A un nuevo perfeccionamiento de los instrumentos responderán rayos de millones de vibraciones por un lado; de *trillones* de vibraciones por el otro.—El infinito en la luz.

Si pasamos al calor, agente que no conocemos más que por sus efectos y equivalencias en fuerza—agente que tampoco conocemos, hallaremos también en el espectro solar diferentes gradaciones de calorico en los rayos ultra-sensibles conocidos, y ¿qué sabemos lo que habrá en los no conocidos? Por otro lado, la ley de intensidad del calorico acusa temperaturas incomprensibles para el sol, y ¿cuáles serán las que puedan existir en otros soles?

En cambio, el espacio interestelar parece disfrutar de un frío inverosímil, distinto en las diversas regiones según la mayor ó menor proximidad de los soles. ¿Quién podrá nunca fijar un límite a esta temperatura negativa? Si el frío es enorme entre los soles de una nebulosa, ¿qué no será entre dos nebulosas? ¿Qué no será entre dos grupos de nebulosas?—¡Ah! El infinito en la temperatura.

Y esto es real, esto es exacto, esto lo dicen las leyes conocidas de la intensidad del calorico. Jamás el realismo llegará a conocer la máxima ó la mínima temperatura del universo, por una razón muy sencilla; porque en el universo hay espacios y lugares a donde jamás alcanzarán nuestros instrumentos ni nuestras observaciones.

Si del calorico pasamos a la electricidad, al magnetismo, hipotéticos movimientos del éter, según la novísima teoría explicativa, nuevos abismos se abren a la futura marcha de la filosofía realista. Con verdad puede decir el hombre que, a medida que se avanza, se amplían los caminos de la investigación, amenazando conducir a un verdadero desierto, en el que se pierdan todos los deslindes. ¿Cuánto más estrechas y restringidas eran las vías cuando para explicar el rayo se apelaba a las forjas de Júpiter, y cuando el magnetismo se arrojaba a la hoguera para quemarlo con los nigrománticos que lo poseían! Parece que a la ciencia le pasa lo que al perro que trabaja en la rueda, que a medida que sube pierde las fuerzas, la esperanza, el trabajo y el camino recorridos.

Esas partículas (materiales) del éter, que dan tres vueltas a la tierra en un segundo; esos efluvios (materiales, según el P. Secchi), que desprendiéndose de la pila de Volta ó de la máquina Gramme, pasan a producir el arco voltaico entre dos carbones cuyas puntas se queman inversamente—tan inversamente como se quema el seso la humanidad,—ó a enrojecer un hilo de platino; esas corrientes inducidas; esos electroimanes; esa fuerza excitatriz que permite cerrar el círculo de las transformaciones, sin que sepamos qué es lo que se transforma; esa fuerza (materia, según el P. Secchi) que mantiene la aguja imantada en posición exactamente matemática y casi idéntica en los diversos lugares del globo, fuerza cuyas perturbaciones dependen de las manchas del sol, que están a 18 millones de leguas, ¿qué es eso? ¿En qué consiste esas maravillas? ¿Podrá nunca el realismo llegar al conocimiento de tales cosas?—Y si el magnetismo terrestre depende del sol, ¿no dice la lógica que el del sol podrá y aun deberá depender de otra estrella, el de ésta de las vecinas, y en fin, que el magnetismo, como la luz y como la fuerza, parecen ser verdaderos espíritus que escapan a las investigaciones más sutiles?

Andad, caminad.—Más confusión encuentra hoy la ciencia que cuando en sus explicaciones apelaba a los nigrománticos y agoreros. A medida que se avanza, parece que nos engolfamos en un océano cuyos límites no se vislumbran ni aun se presienten, y en verdad, realistas, con el corazón os decimos que las fuerzas y el ánimo desfallecen, como desfallecieron las de Colón sobre la cubierta de sus carabelas.

### IV

La fuerza.

¿Qué es la fuerza?—¡Ah! No se sabe.

No se sabe. He aquí la constante réplica de la ciencia, y por tanto del realismo, a todo cuanto se les pregunta.

No se sabe lo que es la materia, no se sabe lo que es el calor, ni la luz, ni la electricidad, ni el magnetismo, ni el estado radiante, ni el ultra-sólido, ni el éter, ni la fuerza, ni el espacio, ni el tiempo, ni... nada.

No se sabe lo que son los microbios, ni la célula, ni el núcleo, ni el átomo, ni la molécula—que *se dice* es reunión de átomos que no se conocen;—no se sabe nada.

Un *se dice*, impropio de la ciencia, y por tanto del realismo, viene a llenar todas las lagunas. En la imposibilidad, que cada vez más se revela, de conocer el *por qué*, dicen la ciencia y el positivismo que conviene dedicarse a investigar el *cómo*. ¿Pero qué ciencia ni qué filosofía son estas que ya *a priori* renuncian a investigar el *por qué* de las cosas? ¿No comprenden que ésta es la más palmaria confesión de impotencia que, tanto la ciencia como el positivismo, hacen ante las actuales generaciones? La verdad está en el *por qué*, no en el *cómo*, porque aquél es la demostración matemática y racional y éste puede conducir al descubrimiento de leyes falsas, ó al menos a no tener en cuenta las excepciones, como ocurrió al niño que trabaja un cálculo de memoria y sin saber «el por qué» de lo que hace. Es la rutina, tan condenada por todos los autores.

La fuerza.—Hipótesis de movimientos materiales, que, como las hipótesis de los fluidos imponderables y como otras muchas, pueden ser luego reconocidas como supercherías científicas, vienen a darnos explicaciones convencionales. Verdades más sólidas que las hipótesis han sido luego reconocidas como falsas; ¿qué puede, pues, satisfacer una ciencia en la que todo lo fundamental se explica por hipótesis?

Dicen que el calor se transforma en fuerza, porque arde carbón en el hornillo de la locomotora, y esto se dice—¡oh seriedad, oh gravedad científicas!—y esto se dice sin saber ni lo que es carbón, ni lo que es fuerza.

Hablar de lo que no se conoce ha sido siempre considerado como charlatanismo, y la ciencia afirma, sin embargo, el *equivalente mecánico* de una caloría, en vez de limitarse, como debiera, a formular la *extensión de los fenómenos mecánicos* que puede ocasionar una caloría, lo cual no es lo mismo ni mucho menos.

¿Quién ha dicho si es el calor el que se transforma, ó simplemente el que promueve una serie de fenómenos de otro orden? Cuando un reloj se halla parado, pero con cuerda, y ponéis en movimiento la péndula, ¿es vuestra fuerza la que se transforma en movimiento de la maquinaria?—No; es la fuerza del resorte; pero sin embargo, la de la mano es la que ocasionó el movimiento. ¿Y quién dice que no media un resorte que no vemos entre el calorico y la fuerza producida,—uno de tantísimos resortes desconocidos como empezamos a vislumbrar en el universo?

Llábase a la fuerza almacenada en un resorte fuerza en tensión ó en estado latente,—bien lo sabemos. Pero ¿qué es fuerza en tensión? Si no sabéis lo que es fuerza, ¿cómo vais a saber lo que es fuerza en tensión? Con menor motivo.

¡Ah! Palabrería parecida a la de la filosofía krausista, ó hegeliana.

Ved lo que dice Cazin (*Les forces physiques*, pág. 308): «Se llama fuerza toda causa capaz de sacar un cuerpo del reposo ó de hacerlo entrar en él.» Bastante hemos hablado; pues precisamente la causa es la que se desea conocer y la que precisaría definir. Tanto valdría definir el sol como «la causa de la luz que nos envía;» y si esto no es un círculo vicioso que forma nuestra ignorancia, digásenos lo que es.

El fuego podría definirse del mismo modo como «una causa capaz de producir humo.» ¿Quedáis enterados? Pero no; como la combustión se conoce un poco más que la fuerza, la ciencia dice: «Se llama combustión el desdoblamiento químico de un cuerpo, ocasionado por su combinación con el oxígeno,» lo cual, sin en verdad nos deja tan enterados como la definición del Sr. Cazin, parece que quiere decir un poco más.

¿Y a esto se podrá nunca llamar realismo? ¿Y esto es un conocimiento real? Ni sabéis lo que es el oxígeno, ni sabéis lo que es un cuerpo; ¿cómo vais a saber lo que es «el desdoblamiento del segundo ocasionado por el primero?»

El positivismo dirá: contentémonos con el fenómeno sin meternos en más honduras. ¿Y qué filosofía es esta que se contenta con el arroyo sin buscar la fuente? Cada día, positivistas, siguiendo las aguas del arroyo, os alejaréis más de la fuente de la verdad. Filósofos de

la forma (el cómo), como podríamos llamaros, os alejáis del fondo (el por qué). No investigáis la esencia, y os andáis por las ramas; perdeis, pues, el tiempo, y seguís el opuesto camino que la filosofía debe seguir.

La fuerza no se conoce, ni podrá conocerse a lo que parece. Verdad que lo mismo sucede con la materia. Mas supongamos que llegara a conocerse algún día, y aun entonces quedaría siempre el problema de la cantidad.

Dividid la fuerza, como dividimos la materia. Un gramo—fuerza referida a la gravitación—se divide en decigramos, centigramos, miligramos... etc... ¿Qué es una millonésima de miligramo? ¿Creéis que hemos llegado al reposo, ó sea a la ausencia de toda causa de movimiento? De ningún modo.

Una millonésima de miligramo es fuerza muy capaz de sacar del reposo a un acorazado de 10.000 toneladas, también a una escuadra de acorazados, y también a la tierra, y también al sol. ¿No lo creéis?—Esperad.

Una fuerza, según Cazin y según todos los físicos del mundo, es una causa capaz de sacar del reposo a cualquier cuerpo. Bunde hay fuerza, por pequesísima que sea, ella deberá sacar del reposo a un cuerpo por grande que sea, ó no será fuerza. Que el cuerpo sea grande ó chico, que ande diez millas ó diez milésimas de milímetro por segundo, no es cuestión; basta con que «salga del reposo». Pues bien; juzgáis lo que, á ojo de buen cubero, podrá moverse la tierra impulsada por una fuerza de un caballo de 75 kilogramos, es decir, capaz de elevar 75 kilogramos a un metro en un segundo? Supongamos que sea una billonésima ó una trillonésima de milímetro, es igual, todo se confunde en el micro-infinito.

Partamos por 75, y tendremos lo que la moverá, un kilogramo. Y si partimos por 1.000, lo que la moverá una milésima de kilogramo.—Etcétera...

Y el más insignificante movimiento, comparado con el reposo absoluto, del que dista el infinito, equivale á cualquier movimiento limitado, equivale á las 77.000 leguas por segundo que, según dicen, camina la luz. Y la fuerza más insignificante, comparada con la inercia ó ausencia de toda fuerza, equivale á la más potente conocida y aun imaginable.

Dividid.—Suponed fuerzas de millonésimas de millonésimas de la última.—Nada habréis adelantado. La fuerza y el movimiento más insignificantes serán reales, existirán para el realismo, moverán realmente, aunque nosotros no los percibamos, los cuerpos mayores que se imaginen, y estarán tan lejos de la inercia y del reposo como cualquier cantidad grande ó chica lo está de cero.

Como lo infinitamente pequeño, también podríamos considerar en la fuerza lo infinitamente grande. Es igual; los lectores suplirán lo que, por no molestar ó ser cansados, no queremos abordar.

El infinito se presenta en la fuerza, como en todo. Si, como ocurre con la materia, que mientras más sutil se nos presenta más fenómenos trascendentales ofrece, la fuerza en sus desconocidas é inapreciables manifestaciones de intensidad presenta estados y fenómenos desconocidos, y que jamás acaso llegue más á concebir—lo cual parece probable en vista de lo que ocurre en todo con la naturaleza,—¿quién sera lo bastante osado para negar que un orden desconocido de fenómenos puede existir, orden que jamás llegaremos á comprender, y que, aunque en su esencia sea natural, puede corresponder al sobrenatural que la humanidad siempre ha imaginado, siendo la denominación sólo cuestión de palabras?

Mas aceleremos.

El espacio, el tiempo, nos suministrarían reflexiones parecidas á las anteriores.

Se pretende—pondremos como ejemplo—medir el centésimo de segundo en lo que se refiere al tiempo, y para ello se valen del cronógrafo, instrumento en el que ya los errores materiales del papel, la pluma y nuestros sentidos superan de tal modo á la práctica utilidad, que en verdad mucho debemos desconfiar.

Aquellas fuerzas insignificantes, aquellos rozamientos inconmensurables que hace un momento considerábamos, obran ya en el cronógrafo en medida suficiente para contrabalancear nuestros esfuerzos y miserables exactitudes; y aun la inercia de nuestros mismos nervios, que ya se procura introducir en la fórmula bajo el dictado de *ecuación personal*, viene á indicarnos claramente que tocamos los límites que á nuestro organismo puede no ser posible traspasar.

¡Astrónomos! ¡Geodestas! Llegar al error de diez metros en la determinación de las longitudes, y al de dos centímetros en la medición de las bases, os ha sido posible y aun fácil; mas confesad que el ánimo se contrista ante la eventualidad de que la ciencia reclame una longitud al decímetro y una base al milímetro. ¡Confesad de una vez que la astronomía y la geodesia jamás situarán un punto matemático!

Eso que se llama *ecuación personal*, adoptada ya en astronomía, habrá de serlo mañana en toda ciencia de observación, porque ¿quién asegura que el doctor B. no ve un microbio de distinto modo que el doctor L., sola-

mente por culpa de su nervio óptico, de su substancia blanca (transmisora) ó gris (receptora)?

Creed, realistas, que la perfección de los modernos instrumentos alcanza ya á la perfección de nuestros mismos órganos, y que en adelante, para observar, según previenen las ciencias positivas, antes que el perfeccionamiento de las lentes, podemos tal vez necesitar el de nuestra misma médula, sin el que acaso el primero sea innecesario y aun contraproducente.

V

Si nuestras miserables medidas del tiempo fracasan ante el centésimo de segundo, ¿cómo ni cuándo mediremos el milésimo, el diezmilésimo, el cienmilésimo, el millonésimo... el billonésimo de segundo? Jamás, ni de ningún modo.

Y sin embargo, el billonésimo de segundo es real. Su setecientas-avas partes es el tiempo, durante el cual vibra, según dicen, la onda luminosa del violeta. La de los rayos ultra-violeta podrán vibrar á la par un millón de veces. Y los rayos desconocidos billones de veces, mientras vibra la onda del violeta.—Ya no se comprende esto. Nos perdimos, y, sin embargo, aún queda el infinito por delante. ¡Y un trillonésimo de segundo, tiempo inconcebible, dista de un intervalo nulo lo mismo que 700 millones de años!

Lo mismo que cualquier cantidad limitada de tiempo.

Sabed—si dudáis—que esto lo dicen las matemáticas.

¡Las matemáticas! ¡Ah! Volveremos á lo mismo. Esas ciencias exactas que resuelven el cubo y el cuadrado, y los triángulos, y las integrales, y las ecuaciones de... 4.º grado; esas ciencias que parecen tan avanzadas y que blasonan con la nueva teoría de los determinantes y con el cálculo infinitesimal, y con otras varias cosas, de llevar el pabellón científico á la vanguardia de los adelantos, ¿qué son esas ciencias? ¿Dónde está, sobre qué cimientos sólidos se basa el orgullo que ante vuestras hermanas demostráis; qué títulos tenéis para reclamar en el concierto científico una prioridad que, ni por vuestra abstrusa esencia, ni por vuestros progresos, os corresponde?

Poned al mejor matemático una ecuación del... milésimo grado, y si no bastara, una del cienmilésimo, ecuación que sólo para escribirla emplearéis dos días y medio, aunque no durmáis y aunque escribáis más aprisa que el mejor de los escribanos.

¿Creéis que esto es algo?—Pues lo mismo dista la ecuación del cienmilésimo grado de la resolución total de las ecuaciones generales, que la ecuación del 4.º grado.

Y aquella  $x$  es real, tiene un valor efectivo,—la de la ecuación del cienmilésimo grado,—tiene un valor efectivo, que jamás conoceréis.

Realistas, desmayad. Las matemáticas están en el cuarto día de un primer período de 274 años, período que no sería sino la iniciación de una serie indefinida de otras.

Bien veis lo atrasadas que están las matemáticas.

Mucho tendríamos que decir respecto á las demás ciencias; pero tocamos ya el límite de la primera media centena de cuartillas, y ni habría periódico que nos cediera su acotado espacio, ni lectores pacientes que soportaran la lectura de nuestra incorrecta prosa. Así, tratemos de resumir brevemente lo que nos resta.

La Geología no ha pasado aún de las formaciones que constituyen la costra llamada sólida,—propriadamente en efecto, pero sin saber si este calificativo es suficiente á diferenciarla;—costra que, á lo que parece, es como la cáscara de un huevo relativamente á la masa del globo.

Si alguna vez aquella ciencia llega á dar un paso real en las 999 milésimas del planeta que restan aún por conocer,—y no sólo por conocer, sino por investigar,—avisad, realistas, y nos congratularemos por el adelanto, esperando y aun anhelando que las 998 milésimas restantes se investiguen antes que este pobre planeta caiga sobre el Sol, según los astrónomos, ó antes que la mirada del último hombre perciba desde el ecuador, según los físicos, un Sol pálido y velado capaz sólo de mantener desde el cénit una temperatura ecuatorial de menos de 50 centígrados.

La Química, la Física ya hemos visto cómo están. La Geología, cuyo adelanto acabamos de precisar, sabe al menos que en la tierra hay arcilla, por ejemplo; pero aquellas otras ciencias, que deberían explicar la arcilla, no sólo no lo hacen, sino que ni siquiera explican otros cuerpos más simples aún.

La Química orgánica formó la úrea; muy bien. Mas decidnos: si el hombre es una máquina de desorganización de la materia—según afirmáis—sus secreciones y excreciones no pueden ser materia organizada, sino desorganizada. ¿faltáis á la exactitud en la afirmación anterior. Si la úrea es materia organizada, ó sólo orgánica si queréis, el hombre no desorganiza la materia como decís, y si es inorgánica ó sólo orgánica, pero no organizada, ¿qué triunfo es el que habéis alcanzado?

Llamad materia orgánica á lo que queráis.—Lo mismo dista la úrea del protoplasma que el amoníaco, el agua ó el azufre.

No más adelante que la Química orgánica se encuentra la Biología, la Fisiología, la Patología y todas las

demás ciencias médicas, con exclusión si se quiere de la Anatomía, que más que ciencia puede llamarse descripción. Sábese perfectamente el ritmo de los organismos; conócese su funcionalismo regido por las leyes físico-químicas y por la transformación y equivalencia de las fuerzas, y... sin embargo, las enfermedades no se curan, y cada día aumenta el catálogo de las que afligen á la humanidad, y la vida media disminuye, y el hombre se debilita, y la anemia, ese gran azote de nuestra época, es la verdadera y amarga realidad que la filosofía positivista puede comprobar en correspondencia con el desarrollo de la Medicina y la Biología.

Y las explicaciones científicas de la vida son muy exactas, pero... la capa no parece Perfectamente explicada la máquina humana y su renovación en treinta días. Todos los átomos se renuevan doce veces al año; el equilibrio á que la naturaleza tiende se realiza en la edad viril. Perfectamente; pero conservado, conservad ese equilibrio. Dad buena ración de ázoe y carbono al adulto; ex gidle ejercicios físicos é intelectuales activos, para que la velocidad de la materia sea la mayor posible, y, según la ciencia, ese feliz mortal, fuerte ante todas las legiones de microbios, y firme en su equilibrado funcionalismo y en su renovación mensual, deberá vivir indefinidamente... Bien sabéis, realistas, que la realidad de la muerte destruye todas las conclusiones científicas.

Y es que, aquellas cosas insignificantes, aquellos agentes desconocidos que consideramos al principio, aquellas materias y fuerzas que escapan á los instrumentos y á las conocidas transformaciones físico-químicas, aquellas cosas sutiles de que debe hallarse impregnado el universo y que siempre burlarán nuestros sentidos,—agentes entre los que tal vez se halla eso que se llama alma ó espíritu,—vienen á obrar realmente y á producir fenómenos inexplicables, enérgicos, que conculcan y perturban por completo las leyes de nuestra limitada Química.

Ved, realistas, la deficiencia de la Fisiología moderna y de las ciencias Médicas fundadas en la Química.

La Fisiología, como la Biología, tienen una parte desconocida, que á la imperfección de nuestros sentidos é instrumentos escapará siempre; convenceos, pues, de la eterna deficiencia del realismo, limitado forzosamente por nuestros instrumentos y sentidos.

La Antropología, la Historia natural, se encuentran á la misma altura. En vano Haeckel escribió «La historia de la Creación natural.» Las lagunas del árbol genealógico de la humanidad se llenan por hipótesis, fundadas en el transformismo.—Y bien; Darwin dijo una verdad, ¿quién lo duda? Las leyes que rigen al transformismo son exactas; pero ni estas leyes se oponen á la revelación en buena filosofía racionalista, ya que la escala del transformismo es la mismísima escala de la Biblia, ni Darwin dejó de proclamar á un Dios en la principal de sus obras, titulada «El origen de las especies» donde achaca todas las transformaciones á leyes instituidas por el Dictador de los mundos. Sus discípulos—los discípulos de Darwin—son los que han tergiversado sus doctrinas.

El «Origen de las especies» puede muy bien adaptarse á la doctrina cristiana—doctrina que ni aun es dogmática—porque, si no ya el dogma, sino la tradición católica, dice que Dios formó al hombre del barro, ¿qué más da que fuera mediata ó inmediata? Y la procedencia mediata del barro es precisamente la doctrina darwinista.—Aquí no hay ni más ni menos que lo que hubo en tiempos de Galileo: diferencias de forma y de apreciación, no de dogma ni de doctrina. El paraiso pudo ser una figura que no está en el Credo, única fé del cristianismo.

VI

Hackel, pues, ha demostrado un encadenamiento, una sucesiva transformación de los seres y de las especies, desde la mónera hasta el hombre, que puede muy bien estar en relación con las seis épocas de la Creación que fija la doctrina cristiana.

La primitiva aparición de los vegetales y la sucesiva y progresiva de los animales que admite la teoría transformista, es la mismísima correlación creadora que admite el cristianismo. Puede, pues, muy bien la doctrina de Hackel considerarse como una ampliación científica que corrobore la verdad de lo ya anteriormente sentado por el cristianismo.

Y aparte, repetimos, de que esto no es asunto de dogma, dejamos para más adelante la cuestión de las especies extinguidas—si nos acordamos y tenemos tiempo y espacio,—procurando acabar el juicio crítico-científico.

Llegamos á la mónera, y aún al limo amorfo protoplasmático, si queréis, como origen de toda vida terrestre.—Y bien. ¿creéis que se ha hecho algo? Pues absolutamente nada.

Ni explicáis la mónera ni el protoplasma, ni el limo amorfo—si existe, que parece que no, según las exploraciones del Challenger;—no explicáis nada, realistas.

El protoplasma es un nombre que designa una cosa que ro conocéis; menos conocéis al protoplasma que al hombre. De este último se conocen todos los detalles de com-

posición y funcionalismo, y del protoplasma no sabéis más sino que «se quema» de un modo especial y tiende á diferenciaciones químicas.

Y así como mientras más avanza la ciencia natural tropieza con cosas más inexplicables, así llegará á perderse como las otras ciencias en las regiones del infinito desconocido é incognoscible.

¿Queréis más ciencias? Decid. Nuestra escasa competencia no es ni puede ser universal; aún en las ciencias consideradas, distamos mucho del profundo y completo conocimiento; sin embargo, creemos poseer el suficiente para desvirtuar todo razonamiento que se nos oponga. Y en el resto de la inmensa enciclopedia científica, las generales ideas que nos ha sido posible adquirir, nos parecen lo bastante—por ser modernas—para, con la mayor modestia imaginable, dejar consignada la siguiente afirmación: «No hay ciencia alguna que visumbra actualmente, no ya la probabilidad, sino aún la posibilidad de llegar al completo conocimiento de su tecnicismo.»

No tenemos inconveniente en aceptar el reto, cualquiera que sea el terreno en que se nos presente.

Aparezca una ciencia, ó en su representación cualquier realista, que afirme la posibilidad racional de que aquella alcance el completo conocimiento, y buscaremos, y creemos que llegaremos á encontrar, el modo de rebatirle.

La Física, la Química, la Mecánica, las matemáticas, las ciencias médicas, biológicas y naturales, las hemos considerado; las ciencias exactas, físicas y naturales en general, vislumbran el porvenir del infinito; mientras más adelantan, mientras más progresan, mayor es lo que se presenta como desconocido, pareciendo que cada paso adelante, no sirve sino para extender diez pasos el camino que se vislumbra.

El hombre primitivo vió el sol y la luna, no los comprendió y los adoró como dioses—dicen los materialistas ó sea los que niegan el orlen sobrenatural, que nosotros llamaremos simplemente orden desconocido é incognoscible;—y bien, hombres obcecados, adorad al oxígeno, que no conocéis, al hierro, al litio, al bario, al plomo, al mercurio, á la materia, á la fuerza, al calor, á la luz; adorad todo lo que la ciencia no explica hoy ó lo que explica de modo incomprendible, porque vosotros no podéis comprender—ni nadie—los 700 billones famosos del violeta, ni las 77.000 leguas de la luz, ni las 20.000 leguas de la electricidad, ni los 28 millones de leguas del magnetismo, ni las moléculas de la materia radiante, ni las del éter, ni... nada.—No podéis comprender nada de esto; sólo podréis concebirlo,—y esto por una razón muy sencilla, materialistas: porque no hay cabeza humana que lo comprenda.

Lo mismo os dá á vosotros 700 billones que 500; no tenéis fósforo bastante para apreciar los 200 de diferencia. Os perdéis, y no digáis otra cosa, porque vuestra inmodestia no mejoraría vuestro cerebro.

Si el hombre primitivo adoró al sol, porque no lo comprendía, adorad vosotros á el olimpo de cuerpos simples y á todo el olimpo de fuerzas.—Bien veis que los enigmas en perspectiva se multiplican y que cien dioses vienen á reemplazar en la moderna ciencia á los que el hombre primitivo imaginó.—Marchamos, pues, hacia atrás materialistas, en vez de marchar hacia adelante.—Mientras más progresan las ciencias más se complican los misterios y el olimpo.

¿Y qué es esto? ¿No cae vuestra venda?—Tiempo es ya de que conozcáis el terreno que pierde la filosofía.

Una filosofía que desde la más remota antigüedad hasta el presente no ha dicho más que desatinos—según probamos palmariamente en nuestro citado artículo «El realismo científico»—es una pobre filosofía. Una filosofía que desde Laoisee y Kapla hasta Descartes, y desde Descartes hasta Hegel no ha conseguido llegar sino á la teoría de «las erupciones del cielo» (1) pasando por la de los «torbellinos», prueba bien claramente que jamás dará nada de sí.

Y si la única filosofía posible y racional—que es sin duda la nueva filosofía realista—fracasa, como parece probable, según lo que llevamos expuesto, decid: ¿Qué queda sino la revelación?

Por grandes que sean los misterios que la revelación enseña, nunca serán mayores que los que hallamos en la Naturaleza, con la diferencia que al fin aquellos no aumentan, no crecen, son siempre los mismos, están fijos como la montaña, mientras que estos afluyen hacia nosotros, aumentan en número y calidad á medida que avanzamos, de modo que á lo que parece el realismo hallase amenazado de encontrarse muy en breve en medio de muchos millones de misterios.—Y esto es real; esto le dice la observación, el empirismo, supremacía del positivismo. Las mismas reglas, pues, de una filosofía que rechaza el raciocinio, contribuyen á probar á los positivistas su error.—Si entráis en una playa en la que al principio os llega el agua á los pies y después á la cintura, ¿no os dice la observación, la experiencia, que vais á ahogaros?—Pues ved lo que dice la experiencia científica.

Y en cuanto al realismo, que permite el simple raciocinio, le diremos: «La experiencia os dice que bajáis

unaplaya y vais á ahogaros; la lógica os dice que os agarréis á la cuerda de la revelación. Esta puede estar más ó menos floja, conservando siempre sus extremos fijos; puede acaso, conservando su esencia y calidad, aproximarse constantemente al nivel de las mareas de la civilización.»

Y dando el ejemplo, nos agarramos desde luego, esperando que la cuerda sea lo bastante flexible para que, siguiendo nosotros los vaivenes del mar de la civilización, que siempre he nos seguido y pensamos seguir, nuestra mano no se vea precisada á soltarla, y, antes al contrario, hallemos en ella el más firme apoyo para resistir las borrascas de la moderna científica investigación.

## VII

El Madhi, tras largo período de ayuno y aislamiento, se puso á la cabeza de unos cuantos fanáticos.—Llevada al cinto la cimitarra del Profeta; su doctrina era la muerte y la desolación, y enfrente tenía un vireynato tributario y envilecido, que unos pocos de sajones bastaron á someter. Las primeras fáciles victorias levantaron el espíritu, y bien pronto, al frente de 100 000 soldados, y temiendo por segundo á Osman-Digma, bloquea ba estrechamente la capital del Sudan, en donde acaba de entrar, valiéndose de la traición.

Y bien; ¿puede darse cosa más lógica y natural?

Mahoma... ¿A qué relatar lo que todos saben?—Tan lógico fué lo de Mahoma como lo del Madhi; y tan lógico y natural como lo de éstos, aunque por otras razones que no apuntamos por no alargar, fué lo que ocurrió á todos los fundadores de sectas, con una sola y única excepción.

Un hombre, que porque sí se llamaba hijo de Dios, apareció en la Judea hace 19 siglos.—No llevaba cimitarra al cinto, ni predicaba la muerte, el asesinato ni la desolación; antes bien, á sus enemigos les llamaba hermanos, y predicaba el perdón, la paz y la caridad.—Tenía enfrente un imperio cuyas legiones rodeaban el Mediterráneo, y cuyos procuradores gobernaban desde nuestra Península hasta el Asia central; el Estado más fuerte que ha existido, ya que entonces no tenía rivales en toda la extensión del mundo conocido;—y á la cabeza de ese Estado se hallaba un hombre todopoderoso, á quien llamaban Cesar por su omnipotente poder.

Y bien; aquel hombre—el de Judea—escogió una docena de amigos pertenecientes á la última capa social, y, sin más armas, se proclamó rey de los judíos, sabiendo él y los suyos que ciertamente iban á morir. Sin otros medios, sin otros elementos, intentó fundar una religión. Dió la batalla y fué vencido.—Era natural.

Pero lo que no es natural, realista, es que aquel hombre tenga hoy 200 millones de sectarios; esto es lo extraordinariamente sobrenatural.

La primera derrota del Madhi iniciará la ruina de su prestigio. Un profeta que sufre un descalabro, un hombre que se llama representante de Dios y lo ahorcan, por ejemplo, decid: ¿quiénte va á creer en él?—Un Dios ahorcado no se concibe.

Y entonces ¿por qué el Madhi, si lo ahorcan los ingleses, se quedará sin un sectario en diez días, mientras que aquel otro hombre de Judea conserva 200 millones á los diez y nueve siglos?

¡Ah! Esto es lo que, creedlo, jamás explicará el realismo.—Lo mismo explicará esto que la fuerza y que la materia.

O aquel hombre era un loco—y entonces no se explicarían los prosélitos, como no se concebirían los de Colón si hubiera fracasado después que se le llamó loco, ni los de Galileo, ni los de Copérnico, ni los de Newton, si hubieran fracasado también,—ó aquel no era un hombre, pese á Renan y pese á todos los escritores habidos y por venir.

—Si el bien, si la caridad, si lo bueno, lo verdadero y lo bello, dependen del arreglo de las moléculas en el cerebro, ¿por qué la doctrina cristiana triunfa, á pesar del arreglo que en sentido contrario ha debido producirse en aquellas moléculas por la continuación y fiereza de la lucha por la existencia?

(Se continuará.)

## INSTRUCCIONES PARA LA RECOLECCION

Y

## CATALOGO DE LOS CUENTOS POPULARES

COMO BASE INDISPENSABLE

PARA LA CLASIFICACION DE ESTAS PRODUCCIONES

Entre los que se ocupan científicamente en el estudio de los cuentos domina la idea de que éstos deben recogerse tal y como los cuenta el pueblo, *ipsisima verba*. El ideal de método de recolección sería la *taquigrafía*, que como la *fotografía*, según en otro sitio hemos indicado, debería aplicarse á la transcripción de los cuentos, fiestas, juegos infantiles, etcétera. En la imposibilidad de aplicar por ahora la *taquigrafía* á la recolección de cuentos, ésta debe hacerse por personas que escriban muy ligero y puedan casi seguir con la pluma ó el lápiz la palabra

del narrador. La reproducción taquigráfica daría á las producciones así recogidas un valor inmenso para el estudio de la *sintaxis popular*, cuyos elementos dinámicos se pierden sin esta escrupulosidad en el método de trascripción.

En todo cuento popular hay dos elementos: uno tradicional y común; otro individual y subjetivo. Para discernir estos dos elementos—á cuyo fin tanto sirve la comparación—debe hacerse después de cada cuento lo que podría llamarse *ecuación personal*, para la cual conviene declarar la procedencia del cuento, y la edad, sexo, profesión, género de vida é instrucción del narrador. Respecto á la *procedencia* debe tenerse por tal no el lugar donde el cuento se oyó sino el lugar donde lo aprendió el cuentista. En cuanto á la *edad* es preferible la niñez y la ancianidad á la en que ya el hombre y la mujer se hallan en el pleno vigor de la vida, é imprimen ya más su individualidad á lo contado. La *instrucción* es elemento muy importante, siendo el caso más favorable aquel en que los cuentistas *no saben leer ni escribir*; otro tanto puede decirse de la *profesión* y *género de vida*, respecto á los cuales es preferible el caso en que el narrador no ha viajado y ha vivido siempre dentro de una esfera social muy reducida. Estas indicaciones, que otro día ampliaremos, bastan por hoy para justificar la razón con que los folkloristas recomiendan á los colectores de cuentos populares la fidelidad más estricta.

El *Comité de cuentos populares* formado en la *Folk-Lore Society* ha propuesto un método que nos parece por todo extremo acertado, cual es el de catalogar los cuentos (*to tabulate*) por papeletas en que se indiquen, según se ve en el adjunto modelo, el *título*, los *personajes*, el *argumento*, las *circunstancias incidentales*, el *lugar donde se ha publicado*, la *indole de la colección* y las *notas y observaciones* que al coleccionador se ocurran, y que deberán ir firmadas por él.

El hecho de haberse dedicado el folklorista norteamericano Mr. J. William Crombie, al catálogo de los cuentos que publicamos en el primer tomo de la *Biblioteca de las Tradiciones populares españolas*, nos mueve á presentar como modelo de estas papeletas la referente al titulado *Mariquilla la Ministra*, recogido de labios del pueblo por el director de este *Boletín*. De esperar es que con este modelo á la vista, y las breves indicaciones que anteceden, los *Comités de cuentos populares* que en los centros folklóricos españoles se constituyan tengan de sobra para empezar sus trabajos, los cuales podrán versar, ó bien sobre las colecciones existentes, tales como las de Fernán-Caballero, Maspons, etc., bien, y esto es lo preferible, sobre los nuevos cuentos que se vayan recogiendo ó estén aún inéditos.

Los Sres. D. Aniceto Sela, folklorista asturiano, y D. Sergio Hernández de Soto, socio del Folk-Lore Extremeño, han comenzado ya á trabajar en este sentido; el primero sobre la colección de *Cuentos populares portugueses* del Sr. D. Teófilo Braga, y el segundo sobre una no escasa colección inédita que posee de cuentos populares recogidos en Zafra, provincia de Badajoz, siendo casi probable que en el año que corre queden catalogados los cuentos de las principales colecciones españolas y portuguesas.

He aquí ahora el modelo de papeleta á que aludimos, y que traducido damos á conocer, para que los folkloristas españoles que gusten puedan adoptarlo como norma, y contribuir á los importantes trabajos iniciados por el *Comité de cuentos populares*, de Londres.

ANTONIO MACHADO Y ALVAREZ.

## CATALOGO DE CUENTOS POPULARES

NOMBRE GENÉRICO DEL CUENTO.—(

)

NOMBRE ESPECÍFICO.—Mariquilla la Ministra.

PERSONAJES.—1.º Mercader. 2.º Su hija. 3.º Mariquilla (=heroína). 4.º Otras diez compañeras suyas. 5.º Capitán de los ladrones. 6.º Viejo, criado de los ladrones. 7.º Otros ladrones.

ARGUMENTO.—Un mercader tiene que salir de su casa, y deja á su hija encerrada en un fuerte castillo con once compañeras, entre las cuales está Mariquilla. Descubren una cueva de ladrones en los alrededores del castillo (1), que visitan dos veces impunemente (2); pero la tercera vez los ladrones las cogen y retienen para cenar, insistiendo en que duerman allí. Mariquilla finge consentir con este propósito, logrando que la dejen retirarse y lavarse antes de irse á la cama. Por esta tre-

(1) Es como explica Hegel las estrellas.

ta escapan (3). El capitán de los ladrones llega al castillo disfrazado de vieja, y logró que lo dejasen entrar. Dió higos con adormideras á todas las muchachas (4), que se durmieron á un tiempo (5). Mariquilla no los comió, pero fingió comerlos y sentir sus efectos. Luego, cuando el capitán de los ladrones estaba asomado, ella se ocultó tras él y lo empujó, arrojándole por el balcón al suelo, cogiéndolo los ladrones en muy mal estado y llevándose a la cueva. Mariquilla fué á la cueva disfrazada de médico, y pretendiendo curar al capitán, lo sometió á tortura (6). El capitán se mejoró, y quiso vengarse. Disfrazado de galán, cortejó á Mariquilla, que le reconoció; pero consintió en casarse con él. En la noche de bodas se ocultó, y puso en la cama una muñeca (7) en lugar suyo. El capitán dió de puñaladas á la muñeca, creyendo que era ella; pero después se arrepintió (8) y la lloró. Ella salió de su escondite, se reconciliaron y vivieron felices.

CIR CUNSTANCIAS INCIDENTALES.—(1) Ellas vieron una luz, y entraron en curiosidad de lo que sería. (2) En la primera visita sólo encontraron á un viejo cocinero; ellas dieron de puntapiés á un caldero que contenía el pie y una mano de un niño y lo volcaron. La segunda vez sólo encontraron al viejo; pero la tercera los ladrones habían dejado un centinela que las retuviese hasta su vuelta. (3) Mariquilla hacía ruido removiendo el agua, mientras todas escapaban, diciendo á cada una: «Ahora tú;» frase que los ladrones creían referirse al lavado: después echó una gallina medio muerta en el lebrillo y mientras ésta zangoloteaba en el agua con sus plumas, se escapó. (4) Ellas los pidieron, pero al principio el capitán fingió no poder acceder á sus deseos, porque llevaba los higos de regalo á un sacerdote; pero por último dió dos á cada una. (5) El capitán de los ladrones encendió una vela y fué echando una gota de cera en la cara á cada una, para ver si estaban dormidas. (6) Le hizo cortaduras y le puso sal en las heridas. (7) Hecha de azúcar, de tamaño natural, y rellena con miel la cabeza se movía por medio de una cuerda. (8) La miel le llenó los labios, y esto le hizo reflexionar cuán dulce era al sangre de Mariquilla.

DÓNDE SE HA PUBLICADO.—*Biblioteca de los Tradicines populares españolas*, tom. I, pág. 149.

INDOLE DE LA COLECCION.—

1—Original ó traducción.—Original.

2—Si de labios del pueblo, díjase el nombre del narrador.

3—Otros particulares.—Recogido por el señor don Alejandro Guichot y Sierra, en Sevilla.

PUNTOS ESPECIALES CONTADOS POR EL COLECTOR.—Ninguno.

Firmado) J. William Crombie, *Balgownie, Aberdeen*.

## REVISTA DE MADRID

Llorona y cariacontecida se nos ha entrado la Cuaresma por las puertas de casa. No se contenta con excitarnos continuamente á la penitencia, haciendo sonar á todas horas las campanas de las iglesias, pintando horrores sin cuento y suplicios interminables por boca de los predicadores, que en todos los templos asustan á su auditorio con las terribles consecuencias del pecado. Hace más: queriendo quitarnos, con el gusto, las ocasiones de pecar, tiende un velo de nubes sobre el sol que alumbró nuestras fiestas y animó nuestras alegrías, enloda las calles, cruzadas antes por tanta mujer hermosa; encharca los campos en que la primavera empezaba ya á abrir los primeros capullos de sus flores, y hace que nieves del Guadarrama mezclen efluvios helados á las que ya eran tibias auras primaverales. Llueve continuamente, sin cesar un día, cual si también la Naturaleza tuviera, como nosotros, algo de qué arrepentirse, algo de qué hacer penitencia, culpas que deben ser perdonadas, pecados que deban borrarse con lágrimas de dolor; y todo está en armonía, el espacio hecho un río, el templo oscuro, el espíritu preocupado, y la voz de la iglesia que predica el aislamiento, la soledad y la oración.

Estos cambios bruscos de la temperatura hacen de Madrid un pueblo extraño, considerado desde el punto de vista climatológico. De una á otra hora, y dentro de un mismo día, sube el mercurio en el termómetro como empujado por una fuerza irresistible, ó desciende más y más á prisa que el crédito de una casa de banca que ha suspendido sus pagos, y salta de uno á otro cuadrante la aguja barométrica, como si un geniecillo loco se divertiese en jugar con ella á los barquillos. Un hombre ilustre decía que nadie debía salir á la calle en Madrid

sin llevar un traje de verano en la mano derecha y otro de invierno en la izquierda, pues pudiera suceder que de ambos necesitase en el mismo día, y en cualquier tiempo pueden comprobar los madrileños la veracidad de esta aserción. En el espacio de pocas horas hace calor, hace frío, brilla el sol, llueve; el clima de Madrid es un *schema* de todos los climas, su temperatura un *schema* de todas las temperaturas.

Nada parece más prosaico que este tiempo metido en lluvias. El astro-rey, que es uno de los grandes elementos de alegría y animación, permanece oculto en sus habitaciones siderales, sin permitirse el exceso de salir á dar una vuelta; no hay niños en las plazas como no hay pájaros en el campo; transita poca gente, y la que lo hace va de prisa, renegando del agua que le llega hasta los huesos; los simones aligeran el tardo paso de sus enflaquecidos jamelgos; el Retiro, la Castellana, el Prado, se convierten en desiertos barrizales; los hombres se retiran á los cafés, entorpeciendo la vida regular de su organismo con la atmósfera viciada del salón que no es el aire puro que le piden sus pulmones. Y, sin embargo, este tiempo tiene también su poesía. El cielo encapotado, el espacio cubierto por densas nubes, el horizonte lejano envuelto en niebla, el agua que cae y al resbalar por los cristales deja en la tersa superficie gotas que se deslizan por ellas semeando lágrimas de duelo, forman un conjunto extraño que impresiona vivamente el corazón. No es el himno alegre, el himno de la vida que los rayos del sol escriben con reflejos dorados en la página azul del firmamento y en la cumbre de las montañas, sino la triste elegía que llora en la soledad y se queja de su abandono. Un día radiante, una atmósfera caldeada, levantan el espíritu, le hacen sentir la necesidad de expansión, como si una corriente de vida in-chase las venas: un día lluvioso, un aire helado trae consigo recuerdos de tristeza que pesan sobre el ánimo, pensamientos indefinibles de cosas que fueron y de personas que pasaron. La luz que brilla nos arrastra al campo riente; la noche oscura nos habla del cementerio. Y al caer sobre las losas de la calle ó en las hojas del árbol, el agua tiene armonías extrañas que parecen ecos perdidos de palabras incoherentes, suspiros y sollozos, manifestación de un inmenso pesar.

En tales días los desocupados que cambian un sillón del Retiro por la banqueta del Oriental ó el Siglo, presencian un espectáculo curioso; la lluvia es redentora, y cosas y objetos condenados á perpétuo encierro se dan á luz y toman la revancha; lindos zapatitos de Rinaldo, piececillos diminutos de alguna dama aristocrática, medias blancas como los mismos ampos de la nieve, botas rotas de tacones torcidos y piel agujereada, pies defectuosos de esos que causan la desesperación de un pedicuro. Todo esto, bueno y malo, bonito y feo, fino y ordinario, sale á la superficie como las pasiones de la plebe en época de tremolina y bullicio; y las miradas indiscretas siguen en su marcha vertiginosa al pie que se desliza apresuradamente, pidiéndole una esperanza y prometiéndole de por vida un recuerdo que durará cinco minutos.

En estas condiciones, no es extraño que la quincena haya dado poco de sí en cuanto á sucesos que merezcan la pena de pasar á la posteridad. De mal humor los madrileños por la existencia de cartujos á que se han visto condenados por el temporal, maldito si tenían gusto para nada. Algún suicidio que otro, robos como de costumbre, desgracias y accidentes diarios: tal es lo que arroja de sí el balance. Nada nuevo, nada que no se haya visto muchas veces; todo vulgar, todo adocenado. Quincenas como ésta no piden un cronista, sino un diario que apunte los hechos ocurridos, formando así un registro que no ha de leer nadie, que nadie ha de consultar, parecido á tantos in-folios como cubren los estantes empolvados de las bibliotecas sin que el erudito más curioso los abra una vez siquiera para enterarse de su contenido. Sólo á última hora, cuando ya iba á entrar en prensa este número y el cronista andaba calzándose las espuelas para salvar de un salto el espacio que tiene que recorrer, sólo entonces algunas piedrecillas despedidas de no se sabe dónde, vienen á alterar la superficie tranquila del lago madrileño.

Una de estas piedrecitas es el motín de las cigarreras, ¿Quién dijo á aquellas mujeres que estaba en peligro la ocupación que las sostiene? ¿Qué mal genio sopló á sus oídos la falsa noticia de que alguien se preparaba á quitarles su único medio de subsistencia? No se sabe. La causa y el agente quedaron en la sombra; sólo los efectos salieron á luz.

Y estos efectos fueron terribles. Seis ú ocho mil mujeres coléricas, indignadas, gritando todas á la vez, recorrieron la Fábrica de Tabacos haciendo trizas cuantos objetos las parecían sospechosos, rompiendo muebles, forzando puertas, destrozando máquinas, destruyendo el laboratorio, sin que la voz de la razón ni las advertencias del buen sentido pudieran calmar su furia. En vano las autoridades trataban de disipar sus sospechas; en vano la fuerza pública tomaba actitudes amenazadoras. Roto el dique del respeto que de ordinario las enca-

dena y las hace obedecer al director y á las maestras, su irriación no era para calmarse en tan breve plazo. Gritaron, rompieron hasta que se cansaron, hasta que su voz no pudo articular sonidos, hasta que sus manos no tuvieron fuerzas para romper. La noche se echó encima y trémulas de soberbia todavía, rendidas y jadeantes, se retiraron las rebeldes á sus casas, llevando cada cual hazañas que contar y destrozos que referir. Tendidos sobre el campo de batalla ó acostados en los lechos de la Casa de socorro, quedaron una porción de agentes en quien hicieron presa aquellas furias. Que furias más que mujeres parecían; furias locas más propias para hacer de diablos en el infierno que de ángeles en el hogar; dando tintes sombríos al cuadro una porción de desalmados de esos que sólo salen en las revoluciones cobardes y malvados, con grandes sacos vacíos al hombro, que aguardaban la hora del saqueo.

Hoy todo se ha calmado. La noche es buena consejera, y la noche hizo oír á las insensatas argumentos de cordura. Del pasado combate sólo quedan los heridos en el hospital, los recuerdos en la fábrica casi destrozados y la fecha en los anales madrileños. Y también debe quedarnos la vergüenza en el rostro, el dolor en el alma, el abatimiento en el espíritu.

Porque la lucha del otro día es una victoria de la ignorancia y la miseria. En ella el enemigo era el progreso, el pretexto un adelanto de la industria, el incentivo la miseria, la miseria que en los largos días sin pan, en las largas noches sin fuego, vierte especies terribles en el oído de los pobres que ven su hogar helado y sus hijos hambrientos. Aquí la mujer no halla espedito el camino del trabajo, que para ella tiene muy pocas veredas. La que se encuentra en una se da por muy feliz, y no piensa siquiera en llevar á otra parte su actividad y su energía. Por eso, perder una ocupación es perder la vida. No hay ya esperanza de tomar otro oficio, de dedicarse á otra cosa. No. Fuera del lugar en que se trabaja el hambre, la desesperación. Cerca, acechando su salida, la prostitución maldita con sus galas ridículas y ostentosas, su cara cubierta de afeites, su aire provocativo, sus palabras tentadoras. De aquí esas rebeliones, esas desgracias; de aquí también esas humillaciones que se soportan, los abusos del capital, los sacrificios del obrero. Salir de una fábrica no es cambiar de modo de vivir, es entregarse á la muerte, suicidarse, y la existencia habla con voz muy poderosa en el pecho de jóvenes y ancianos.

Para apreciar bien las circunstancias del suceso hay que tener en cuenta las condiciones especialísimas de las que en él tomaron parte; hay que considerar á la cigarrera encerrada en la fábrica durante todo el día, constantemente trabajando, respirando una atmósfera malsana, teniendo abandonado y solo el hogar, y feliz y contenta sin embargo porque al irse á su casa por la noche puede llevar en el bolsillo un pedazo de pan que alargue los días de la madre anciana ó dé vida al pequeñuelo que se arrastra por la reducida habitación sobre mantones de trapos ó un jergón de paja. Vende su vida, su alegría, tal vez su felicidad, á la satisfacción que le proporciona la conciencia de su deber tan pensosamente cumplido. Llueva ó nieve, haga frío ó haga calor, en invierno como en verano, su vida no se altera ni las condiciones en que trabaja se modifican. Siempre lo mismo, resignada, sumisa, apegada al presente y no pidiendo á Dios en sus oraciones más que la continuación de ese presente miserable, sin esperanzas de porvenir mejor; tal es la vida de la pobre cigarrera. Pensemos en el trastorno que en su cerebro ha de producir la idea de que, merced á un nuevo descubrimiento, la fábrica se va á cerrar para ellas, va á faltar trabajo en proporciones inmensas, agita sobre cabezas femeninas soplos de rebelión, y el motín del otro día se explica por sí solo. La ignorancia, sí; esa es su causa provocadora; pero la miseria está detrás, y es la verdadera culpable. Abramos nuevas vías á la actividad de la mujer, demosle trabajo, puesto que es buena y no nos pide otra cosa, pero no la dejemos abandonada á sí misma para echarla después en cara el mal que cause.

El otro suceso que agitó violentamente la opinión fué la noticia, que luego ha resultado falsa, de la muerte de *Lagartijo*. Madrid entero se conmovió al saberla, y es muy verosímil que lo mismo aconteciera á las demás provincias. La vida política quedó paralizada; los concejales que van á ser dimitidos—según dicen—se olvidaron de su probable dimisión; los que se disponen á sustituirles dejaron de pensar en su nombramiento. La agitación llegó á las Cámaras, y gracias que fué prudente y se quedó en el salón de conferencias y no entró en el recinto de las leyes en forma de interpelación al Gobierno. Jugó el telégrafo, repitiendo una y otra vez la misma pregunta ansiosamente hecha y la misma respuesta tranquilizadora. No. *Lagartijo* no había muerto. La patria no tiene que llorar esa grande, esa inmensa pérdida, que sería una desgracia nacional. Que los *Miuras* y los *Veraguas* no se regocijen todavía ni pueblen el viento con mujidos de satisfacción. Su verdugo vive y se prepara á matarlos con arreglo á los preceptos más estrictos del noble arte del toreo. Aun no ha sonado la hora de la inacción para ese estoque de fama universal

que ha ganado más billetes de Banco que pelos tiene la piel de cualquiera de sus víctimas. Aún hay torero, ó lo que es lo mismo, aún hay patria.

Porque realmente, *Lagartijo* es lo único que nos queda, lo único que no debemos á nadie, lo único que es todo nuestro, lo único que no hemos traducido del francés ó imitado de los ingleses, ó copiado de los rusos. De Francia es nuestro modo de pensar y nuestro modo de escribir; nuestros políticos son como los políticos de todos los países; nuestros generales como los generales de todas las naciones; lo típico, lo nacional, es el torero. El día que perdamos al torero España habrá sucumbido. Fáltanos ya el noble arrojo que en otro tiempo nos hizo dueños del mundo, la altivez que marcamos con nuestro nombre, la hidalguía que resplandecía en nuestros actos. Relegados á este rincón de Europa que el destino nos dió en suerte, consentimos y toleramos altiveces de Italia, que fué nuestra; desdenes de Alemania, que nos rindió parias; intrusiones de Roma, cuyos muros escalamos con el condestable de Borbón y á cuyas gentes metimos miedo con el duque de Alba. De tanta gloria, de tanto poder no tenemos nada ya; lo que nos queda de valor y temeridad es ese impulso que nos lleva delante de un toro á provocarle, amparados de una débil tela encarnada. El torero es el último resto de nuestra decaída grandeza. El día que cambiemos esa última moneda ¿qué nos quedará de la preciada herencia que nos legaron nuestros padres?

De aquí las simpatías que despierta el torero; de aquí el papel que representa en nuestra sociedad. El amor patrio, el orgullo nacional, toda una tradición gloriosa, se abrigan en los pliegues de su muleta que atrae el peligro, le desafía, le burla y queda vencedor de él. En cualquier parte del mundo puede salir un torero que tenga más mérito que Gayarre, un violinista mejor que Sarasate ó Monasterio, un autor dramático con más genio que Tamayo ó Echegaray, un orador más elocuente que Castelar; pero en ningún país puede salir un *Lagartijo*. Como la empresa de escribir el *Quijote* estaba guardada para Cervantes; la empresa de hacer toreros está reservada á España. Y España pone en esa tarea cuanto la queda de energía y vitalidad. Así sale el tipo de completo y acabado.

Basta esto para comprender la conmoción que produjo la noticia de esa muerte echada á volar por Madrid. *Lagartijo* no es tan fácilmente sustituible como un político de talla. Pocos, quizá ninguno, reúnen hoy por hoy sus condiciones. Chicos y grandes, amigos y enemigos se preocuparon del suceso. Hubo algunos que, como siempre que se habla de toros, clamaron: ¡vergüenza! y pusieron el grito en el cielo, estableciendo comparaciones entre el torero á quien se creía muerto y tal ó cual hombre de valor. Pero esas son declamaciones absurdas, voces de San Juan que suenan en el desierto sin que lleguen á oído alguno ni hallen eco en ninguna parte. Hay que aceptar las cosas tales como son y nada más que tales como son. ¡Que el ídolo es pequeño... pues eso da medida del pueblo que ante sus aras se prosterna! Un pueblo grande tiene grandes ideales, trabaja con fe, piensa en la gloria, sueña con la inmortalidad, adora seres superiores; un pueblo degradado vive sólo la vida de la materia, no tiene aspiraciones, adora figurillas que él mismo se construye. Roma grande conquista el mundo; Roma moribunda llena el circo y aplaude á los gladiadores. Son estas leyes naturales que ningún individuo, que ningún pueblo puede romper.

La ovación alcanzada por Echegaray con la representación de su último drama *Vida alegre y muerte triste* levanta un poco el ánimo de estas miserias, y hace pensar en el ideal. La última obra del Titán de nuestro teatro me rece en efecto el aplauso unánime que la crítica y el público la tributan. Nunca como ahora ha dado Echegaray forma más correcta y prodigiosa á sus creaciones; nunca como ahora ha desarrollado su fábula entre personajes que más se parecen á la realidad en que vivimos. No se trata aquí de pasiones monstruosas sentidas por serz que nada, si no es la figura, tienen de común con nosotros; ni se apela á recursos extraños que á nadie pueden ocurrirle. Estamos tan lejos de esa hermosa abstracción que se llama D. Lorenzo de Avendaño en *Locura ó Santidad*, como de ese montón informe de materia sin huesos, músculos ni fibras que se llama la Marquesa en *Mar sin orillas*. Ricardo es un hombre

que goza y vive en el primer acto, y sufre y lucha en el segundo y triunfa y muere en el tercero. Carmen es una niña encantadora, hermana de otras niñas, ángeles más que mujeres en embrión, puestas en escena por el Sr. Echegaray. Alvaro, Luis, Serafín, Dolores, todos los demás personajes de la obra viven, palpitan, se mueven, hablan y piensan como sepiensa y se habla en el mundo, no como se piensa y se habla en la ficción. La fábula, sencilla en extremo, camina naturalmente á su fin, y se desenlaza terriblemente en ese tercer acto, uno de los mejores que ha escrito la pluma de Echegaray, digno del tercer acto de *En el seno de la muerte* y del epílogo famoso de *La última noche*. Una vez más el autor de *El Gran Galeoto* ha demostrado que es, hoy por hoy, la grande, la inmensa personalidad de nuestro teatro moderno, en el que influye tanto, que sin tal autor no se comprendería su existencia, pues él, sólo él consigue hacer que se llenen noches y noches las localidades del Español, vacías completamente de ordinario. Si por las especiales condiciones de su genio Echegaray no estuviera imposibilitado de formar escuela, él salvaría nuestro teatro de la crisis gravísima que atraviesa.

Pero hay que renunciar á esta esperanza. Echegaray no es más que Echegaray. Llegará á donde quiera; pero por donde él camina no podrá caminar sino el que tenga cabeza tan firme como la suya. Y la naturaleza no hace muchos esfuerzos como el que supone el talento del Sr. Echegaray.

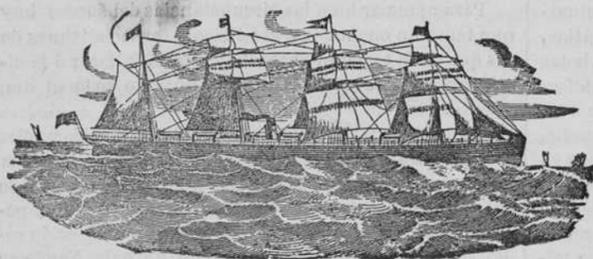
Algo debía decir también del estreno de *La Vida pública*, de Sellés; pero la obra no aparece ya en los carteles y hablar de ella sería estemporáneo. El aplaudido autor de *El Nudo gordiano* ha perdido la batalla una vez más. Pero ha demostrado en la lucha que aún tiene condiciones más que suficientes para vencer al enemigo.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Imprenta de EL PROGRESO

á cargo de B. Lanchares, Salesas, 2, duplicado.

## ANUNCIOS



SERVICIOS  
DE LA

### COMPañIA TRASATLANTICA DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA

con escala y extensión á las Palmas,

Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacífico.

Salidas trimestrales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes, para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.

Santander el 20, y Coruña el 21, para Puerto-Rico y Habana. Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacífico, hacia Norte y Sud del Istmo.

VIAJES DEL MES DEMARZO

El 20, de Santander *Mendez Nuñez*.  
El 30, de Cádiz *España*.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en

Port-Said, Aden y Singapore, y servicio á Ilo-Ilo y Cebú

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º, fijamente de cada mes.  
El vapor *Isla de Luzón* saldrá de Barcelona el 1.º de Abril.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes en

Barcelona: *La Compañía Trasatlántica*; y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: D. Julian Moreno, Alcalá.—Liverpool: Sres. Larinaga y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Irigorri.—Cartagena: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Manila: Sr. Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.

### SE VENDE

un pagaré de rvn. 80 444, suscrito por D. Felix Moreno Queglés, banquero almacenista de frutos coloniales establecido en la calle Mayor, núm. 23; darán razón, Mayor núms. 108, y 110 pral., de 9 á 12.

### DENTICINA INFALIBLE

Lo saben todas las madres. Ni un solo niño muere de la dentición, pues los salva aun en la agonía, brotan fuertes dentaduras reaparece la baba, extingue día rrea y accidentes, robustece á los niños y los desenanija. Una caja, 12 rs., que remite por 14 el autor P. F. Izquierdo, Madrid, Pontejos, 6, botica, y en todas las boticas y droguerías de España.

### LITOGRAFIA

DE

JOSÉ DOMINGUEZ

6. — Valverde. — 6.

Planos, láminas, trabajos mercantiles y artísticos. Tarjetas de visita á 12 rs. el 100.

### DEBILIDAD

IMPOTENCIA Y ESTERILIDAD

Curadas con el *Afrodisiaco Marino*. Caja, 30 rs.; por correo, 34. Utilísimo á los matrimonios sin sucesión y á los estenuados por abusos ó prematura vejez. Correspondencia privada á Yarto Monzón, Madrid.

### PRIMERA CASA EN ESPAÑA

GRAN FÁBRICA DE CORSÉS

CORAZAS Y CORSÉS FAJAS

DE

FAUSTO ALDECOA

Calle Imperial, 8.

Esquina á la de Botoneras.

Madrid.

Esta acreditada casa tiene siempre fabricado doce mil corsés en raso, satines, cuties, pieles y driles.

Especialidad en los corsés-fajas para disminuir el vientre, desde 8 pesetas en adelante.

### BIBLIOTECA FOLK-LORICA

A. GUICHOT Y COMPAÑIA EDITORES

SEVILLA

Rev.

1.º *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*, escritas por todos nuestros mitógrafos y folkloristas. (En los primeros volúmenes se publican: «Colecciones de cuentos, Fiestas y costumbres. Supersticiones y mitos. Folk lore de Madrid, Juegos infantiles, Folk lore de dibujo, etc.») Publicación trimestral en bonitos tomos de 300 páginas, algunos ilustrados con grabados. Precio de tomo para el suscriptor..... 160

### COLON EN ESPAÑA

Esta obra, por más de un concepto interesante y nueva y recientemente publicada bajo los auspicios del Excmo. Sr. Duque de Veragua, se halla de venta en las principales librerías de Madrid, al módico precio de CUATRO PESETAS

Los pedidos pueden hacerse al almacén Romero, Preciados 1, administrador de la obra.

### ALHAJAS Y RELOJES

en oro y plata de ley, con verdadera garantía: precios en competencia. Taller de composturas,

Sanchez.—Carretas, 22, tienda.

### Diccionario

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO

DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

POR

DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá á luz por cuadernos de 40 páginas, en folio español á dos columnas; buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina sólo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupciones en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Pérez y Boix, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2; Murillo, Alcalá y D. Leocadio López, Carmen, 13.